TEATRO
ANTIGUO ESPAÑOL.

Imprenta de D. F. Grimaud de Velaunde,
calle de la Cabeza, núm. 12.

EL

RETENDIENTE AL REVÉS.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DEL

MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

MADRID.

Ofic: de don José Alegría, calle de Carretas, 8;
de Dennè, calle de Jardines, 17.
1837.

Señor mio
quita me cobardia en esta mano
un beso, y por quien gano el bien q' espero.

721637

Esc. 1.ª Act 2.º

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elpretendienteal00moli

PERSONAS

ENRICO, *duque de Borgoña, padre de*
LEONORA, *esposa de*
FILIPO, *duque de Bretaña, amante de*
SIRENA, *marquesa de Belvalle, esposa de*
CARLOS, *marques de Aguiar.*
FLORO, *secretario de Filipo.*
LUDOVICO, *caballerizo de Leonora.*
CORBATO, *padre de*

FENISA.
TORILDA.
CLORI.
} *Labradoras.*

CARGUEROS, *sacristan.*

CARMENIO
CELAURO
TIRSO
NISO
} *Labradores.*

La escena es en Nantes y sus cercanías.

ACTO PRIMERO.

DECORACION DE CAMPO, Y EN EL FONDO UNA CASA.

ESCENA PRIMERA.

CARMENIO, CELAURO Y TORILDA, cantando y bailando, y TIRSO detras de ellos.

Cantan.

Buenas eran las azucenas,
mas las clavellinas eran mas buenas.

TORILDA.

Si las rosas eran lindas,
lindas son las maravillas,
mejores las clavellinas,
olorosas las mosquetas.

TODOS.

Buenas eran las azucenas,
mas las clavellinas eran mas buenas.

TORILDA.

Verde estaba el toronjil,
el mastuerzo y perejil,
y mas verde por abril
el poleo y la ¡bervena.

TODOS.

Buenas eran las azucenas,
mas las clavellinas eran mas buenas.

CARMENIO.

¿Venimos tarde ó temprano?

CELAURO.

Buena hora pienso que es,
que ahora raya las tres
del reloj del sol la mano,
y el cura hisopaba ya,
señal que acabado habia
las vísperas.

TORILDA.

¡Lindo dia!

TIRSO.

Es san Juan ¿qué no tendrá?
Poca jente ha de venir
hoi al baile.

TORILDA.

Han madrugado,
y estará el pueblo cansado,
sin hartarse de dormir;
que las tardes de san Juan
siempre son tan dormidoras,
como son madrugadoras
las mañanas.

TIRSO.

Acá están
con tal silencio en palacio,
que nadie nos ha sentido.

CELAURO.

Habrán á las dos comido,
y descansarán despacio.

TIRSO.

Mal hemos hecho en armar
hoi el baile acostumbrado,
que es, en fin dia, cansado.

CARMENIO.

Bueno es eso, por bailar
no comerá una mujer,
ni dormirá en todo un año.

TORILDA.

Claro está, de cualquier daño
la culpa hemos de tener.

CARMENIO.

¿Si saldrá á vernos Sirena
como acostumbra?

CELAURO.

Pues no,
¿cuando de alegrar dejó
nuestra fiesta, estando buena?

TIRSO.

Para ser tan principal,
y en fin, ama de la aldea,
su conversacion recrea
desde la seda al sayal.
¡Hai dama mas agradable!

CARMENIO.

Muestra al menos que es posible
ser grave y ser apacible,
ser ilustre y conversable.

CELAURO.

Pardiez, ella es buena moza;
¡venturoso el desposado
que ha de comer tal bocado!

TIRSO.

Poco el amor la reteza,
no se casará tan presto,
que en fe de su libertad,
ha dejado la ciudad,
y en el ejercicio honesto
de esta aldea, gozar deja
sin sospechas su edad verde.

CARMENIO.

El tiempo que ahora pierde
llorará cuando sea vieja;
pero volved á cantar,

porque si duerme la siesta,
dispierte y salga á la fiesta,
que es ya hora de bailar.

Cantan.

Buenas eran las azucenas,
mas las clavellinas eran mas buenas.

ESCENA II.

Los anteriores, y SIRENA.

SIRENA.

Tan buena es vuestra venida,
como la música es buena.

TIRSO.

A ser la vuestra Sirena,
pudiera ser que dormida
la jente se descuidara
de los alegres estremos
que el dia de fiesta hacemos
en vuestra casa, y tardara
de venir al baile.

SIRENA.

Bueno:
eso es decir que he dormido
mucho, y que tarde he salido.

CELAURO.

Por san Juan el campo ameno
dilata á la tarde el sueño
que por la mañana agrada;
pero no valemos nada
sin vos, que sois nuestro dueño,
y llama el amar tardanza
á lo que no es dilacion.

SIRENA.

Merécelo mi aficion.

ESCENA III.

Los precedentes, Niso y Clori.

Niso.

¿Por adonde va la danza?
ya va el otro pescudando
el Corpus, despues que habia
dia y medio que dormia,
y yo le voi imitando;
porque si no me despierta
Clori, hoi se hace sin mí
la fiesta.

Carmenio.

Sentaos aquí,
Niso, mientras se concierta
el baile.

Celauro.

¿Presto los dos
os pareais?

Carmenio.

Siempre quiero
tener contento al barbero:
como lo sois, Niso, ves,
gusto andar á vuestro lado,
y contentaros codicio.

Niso.

¿Por barbero?

Carmenio.

Es vuestro oficio
peligroso y delicado;
anda puesta en vuestra mano
la vida, y si se os encaja,
al tumbo de una navaja
podeis tumbar un cristiano,

NISO.

Y aun por aquesta razon,
Dionisio, que no fiaba
de barberos, se quemaba
la barba con un tizon
á un espejo, pelo á pelo.

CELAURO.

Ese lo mas tenia andando,
para puerco chamuscado.

NISO.

Ved lo que puede un recelo..

TORILDA.

Y lo que un barbero sabe;
no dejará de encajar
su historia en cada lugar,
por cuanto hai.

CLORI.

Cuando se alabe
de leido, hacello pudo,
que no es mucho quien intenta
aguzar siempre herramienta
que de aguzar quede agudo.

TIRSO.

Si el discreto en cualquier parte
dicen que parte un cabello,
¿que mucho que venga á sello
quien tantos cabellos parte?

TORILDA.

Todo barbero es picudo.

CELAURO.

Unos imposibles vi
ayer, y entre ellos leí
pedir un barbero mudo.

NISO.

No hablo mucho, pues consiento
callando, tanto picon.

SIRENA.

Niso ha tenido razon:
déjenle, y muden de intento.

ESCENA IV.

Dichos, CORBATO y FENISA.

CORBATO.

Salve y guarde.

SIRENA.

Bien venido,
alcalde, ¿cómo tan tarde?

CORBATO.

¡Oh señora! Dios la guarde,
y dé un famoso marido.
Pardiez que hemos arrendado
unos prados del concejo,
pujólos Anton Bermejo,
y picóse Bras Delgado.
Volvió á pujallos mas,
y emberrinchándose Anton,
pególes otro empujon,
pujó cuatro reales Bras;
y á tal la puja los trujo,
que aunque los llevó Delgado,
creo, segun han pujado,
que quedan ambos con puje.

SIRENA.

No ha gastado el tiempo en balde.

CLORI.

Ni se ha empezado á bailar.

SIRENA.

Denle al alcalde lugar.

CELAURO.

asientese aqui el alcalde.

SÍRENA.

Fenisa.

FENISA.

¡Señora mia!

SIRENA.

Triste venis ¿qué tenéis?

FENISA.

Porque la fiesta no agueis,
ni el baile de aqueste dia,
aunque me aflija y me aburra,
no he de decir lo que ha habido.

SIRENA

Por amor de mí ¿qué ha sido?

FENISA

Movió, habrá un hora mi burra:
ya su merced la conoce,
la mohina.

SIRENA.

Bien está.

FENISA.

Que cuando al molino vá,
no hai burro que no retoce:
unos dicen que de ojo,
porque era linda criatura;
pero yo me atengo al cura,
que dice que fué de antojo.

SIRENA.

¿De antojo?

FENISA.

Como lo pinto.

SIRENA.

¿Y fue el antojo?

FENISA.

Creo yo,
que porque almorzar me vió,
dos sopas en vino tinto:
porque rebuznó al momento,
y sé yo que come bien,
sopas en vino tambien:
ella en fin movió un jumento
con su cola, y con hocico,
tan acomodado y bello,
que si se lo cuelga al cuello,
su merced, no habrá borrico,
que tras ella no se vaya.

SIRENA.

El presente es de estimar.

FENISA.

Hoi juré de no bailar.

SIRENA.

Jura en maña en piedra caya.

FENISA.

Y mas en tocando Gil,
que si va á decir verdad,
á cada golpe que da,
me retoza el tamboril.

ESCENA V.

Los anteriores y GARGUEROS.

GARGUEROS.

¿La fiesta se hace sin mí?

CORBATO.

¿Qué fiesta hai sin sacristan?

SIRENA.

Y mas fiesta de san Juan.

GARGUEROS.

¡O señora! ¿Vos aqui?
Los cielos salud os den,
larga vida, honra y provecho,
y un esposo hecho y derecho;
per omnia sœcula amen.

SIRENA.

Dios os dé lo que deseais,
Gargueros.

FENISA.

Serán entierros.

TIRSO.

Aqueso no, doile á perros.

GARGUEROS.

A lo menos que parais,
de dos en dos los infantes,
las mujeres de esta aldea,
el sacristan os desea,
y os caseis antes con antes;
que es desearos lo mismo,
porque no hai melancolía,
ni pariente pobre el dia,
que es de boda ó de bautismo.

NISO.

¿Qué hai de bodigos Gargueros?

GARGUEROS.

Bueno ha estado el pie de altar.

SIRENA.

¿Qué hace el cura?

GARGUEROS.

Repasar
antífonas, y dineros,
con unos anteojos viejos,
y un sombrero con mas grasa
que el arroz que haceis en casa.

Ha dado en criar conejos,
y vá á veilos al corral,
donde tal vez si se enoja,
el báculo les arroja ,
y al que alcanza por su mal,
le sentencia al asador,
y á un salmorejo, que el ama
hace, con que la sed brama,
hasta que aplaque el calor,
un sabroso ojo de gallo,
que saltando con pies rojos,
se quiere entrar por los ojos.

CARMENIO.

¡ Que bien sabeis alaballo !

GARGUEROS.

Harto mejor se bebello.

CELAURO.

¡Linda vida rompe un cura!

GARGUEROS.

Es regalada y segura;
no me muera yo hasta sello.

NISO.

¿ Hemos de jugar un rato?

GARGUEROS.

Ajedrez no, damas si.

NISO.

Vaya pues, sentaos aqui.

CARMENIO.

Juego donde no hai barato,
no es bueno.

NISO.

Venga el tablero.

SIRENA.

¿ Qué ordinario es cada vez

jugar damas ó ajedrez
un sacristan y un barbero?

GARGUEROS.

Un peon me habeis de dar,
y tablas.

NISO.

Aqueso no,
media pieza os daré yo.

GARGUEROS.

Las tablas quiero soltar,
y dadme la presa entera.

NISO.

Vaya, no os quejeis de mi.

CORBATO.

¿Qué haceis los demas aqui?
hechemos el pesar fuera,
¿hai naipes?

CELAURO.

¿Donde yo estoi
pueden faltar?

CARMENIO.

Claro es.

CORBATO.

Juguemos los cuatro pues.

TIRSO.

¿Qué Juego?

CORBATO.

Flor ó rentoi.

CELAURO.

Va el rentoi : tended la capa.

CARMENIO.

Dos contra dos.

CORBATO.

Claro está.

CELAURO.

Cardemio pasaos acá.

TIRSO.

Juega bien.

CELUARO.

Mejor que el Papa. (*).

SIRENA.

¿Clori? ¿cómo va de tela?

CLORI.

Ya está empezada á tejer.

SIRENA.

¿Es delgada?

CLORI.

¿Que ha de ser?
si como murió mi abuela,
no me ha vagado el hilar,
y asi saldrá poca y gruesa,

SIRENA.

De vuestros males me pesa,
¿está bueno el palomar
Torilda?

TORILDA.

Hai poca alcareeña,
y culebras, y estorninos,
me comen los palominos.

SIRENA.

Pues ¿no hai ganancia?

TORILDA.

Pequeña.

(*) Juegan á las damas, Gargueros y Niso, y bre una capa en el suelo Corbato, Celauro, Carmio y Tirso á los naipes, y á otra parte al rede- r de Sirena que está en una silla, sentadas en el elo parlan Torilda, Clori y Fenisa.

NISO.

Coma vuesarcé esa dama,
comerele cuatro yo.

GARGUEROS.

Pardios que me la pegó.

SIRENA.

¿ Y el niño Fenisa?

FENISA.

A un ama
le he dado, señora mia,
que yo crio al de un marqués.

SIRENA.

Mal haceis.

FENISA.

El interés,
y el dar leche á una señoría,
de quien espero favor,
hace que á mi hijo olvide.

SIRENA.

No es madre aquella, que impide
con interés el amor.
¿ Clori teneis muchos gansos?

CLORI.

Gansos y pavos, señora,
he dado en criar ahora.

SIRENA.

Provechosos son y mansos,
¿ qué tantos tendreis?

CLORI.

Tendré,
como obra de dos docenas.

CORBATO.

Rentoi.

CELAURO.

Teneis cartas buenas.

CARMEINO.

Asi, asi.

CORBATO.

Rentoi.

CARMENIO.

¿Querte?

CELAURO.

Si.

CARMENIO.

Pues quiérole.

CORBATO.

Perder.

CELUARO.

La malilla.

CORBATO.

Rendibui.

CARMENIO.

Non rendire permanfui,
que aun otro juego ha de haber

CARLOS.

Ten este estrivo. (*)

SIRENA.

Este es
Cárlos.

FENISA.

Ya yo me espantaba,
que nuestra fiesta olvidaba.

(*) Dicen dentro.

ESCENA VI.

Los mismos y CARLOS: todos se levantan.

CELAURO.

Quedese para despues
el juego.

CARLOS.

Prima Sirena.

SIRENA.

Ya yo, Cárlos, os queria,
acusar de rebeldia.

CARLOS.

Sin culpa fuera esa pena.

SIRENA.

¿Sin culpa? ¿dia de san Juan,
y mi primo estar sin ver
á quien por sola mujer,
los que en este pueblo estan
vienen á hacer compañía?

CARLOS.

Unas cartas de importancia,
que he despachado al de Francia,
envidiosas, prima mia,
del gusto que tengo en veros,
el tiempo me han ocupado.
¡O Tirso, ó alcalde honrado,
Niso, Carmenio, Gargueros,
Clori, Torilda, Fenisa!
donde vosotros estais,
¿qué falta en mi ausencia hallais?

CORBATO.

Pardios que es cosa de risa,
la fiesta y conversacion,
do no está su señoria.

FENISA.

Sin él, la mejor, es fria.

CARLOS.

Todo es pagar mi aficion.
Ea, vuélvanse á poner
los bolos en su lugar;
volveos todos á sentar,
á jugar, y entretener. (*).

TIRSO.

Pardiez; pues mos dá licencia,
que hemos de acabar un juego.

CARLOS.

Jugad, y bailese luego.

GARGUEROS.

Yo he perdido la paciencia,
y he de ver si aquesta vez
la desquito.

CARLOS.

¿Qué es Gargueros?
¿habeis menester dineros?

GARGUEROS.

Pocos gasta el ajedrez;
mas se juega por la honrilla:
yo agradezco la merced.

NISO.

Entable vuestra merced.

CARMENIO.

¡Siempre os entra la malilla!

GARGUEROS.

Yo abriré el ojo, de suerte,

(*) Se colocan como estaban cuando entró Cárlos: los labradores, se apartan de Siena, la cual habla con Cárlos, sentados en dos sillas, los demas en el suelo.

que no me sopleis mas pieza.

CARLOS.

Mi bien, sin vuestra belleza,
todo es pena, todo es muerte:
sola una legua que dista
mi castillo de Peñalba,
de este lugar, donde el alba
amanece en vuestra vista,
cuando os vengo á ver, se me hace
una peregrinacion
prolija, la dilacion,
que de no gozaros nace;
con pinceles del deseo
pinta en lienzos del temor,
lejos, y sombras de amor,
que en cortas distancias veo.

SIRENA.

No son, mi esposo, diversos,
los pensamientos prolijos,
del amor que os tengo; hijos,
que de lisonjas, y versos
digo al sol, porque se vaya,
y en la noche su luz borre,
dándole porque no corre,
para que se corra, vaya.
¡Qué de veces que le riño,
porque contra mi consejo,
madrugando como viejo
nace, y llora como niño!
suelo decirle que guarde,
en su autoridad la lei,
pues es de los cielos rei,
y el rei se levanta tarde:
que de su poco amor pienso,
que es mentira lo que de él;
pública Dafne en laurel,
como Leucothoe en incienso,

y que si á Clicie quisiera,
y su amor no le enfadara,
de madrugar se cansara,
y en sus brazos se durmiera.
En fin, porque salga menos,
le ruego que á los caballos,
los hurte, al aparejallos,
Mercurio, sillas y frenos;
y todo es por el deseo,
que con la noche cumplis,
esposo, cuando venis,
y en vuestros brazos poseo
gustos que, el temor limita,
y el sol de envidioso loco,
para que los goce poco,
madrugando, me los quita.

CARLOS.

Ya Sirena de mis ojos,
que el duque se ha desposado,
y mudando de cuidado,
muda mis penas y enojos:
sin el peligro, y temor,
que hizo mudo al secreto,
tendrá el esperado efecto,
nuestro virtuoso amor.
Un año ha que á vuestro llanto,
pone fin ya mi fatiga,
la noche discreta amiga,
pues calla y encubre tanto.
Sin que hayamos parte dado,
por lo que el peligro enseña,
ni vos á doncella, ó dueña,
ni yo á amigo, ó criado.
Las fuentes de aquel jardin;
son solas las que aseguran,
nuestro amor, que aunque mormuran,
es entre dientes al fin.
Ellas saben solamente

el temor que en perseguiros,
el duque dió á mis suspiros,
otra mas copiosa fuente.
¡Qué de veces les dí cuenta,
de los celos y temor,
con que mi competidor,
nuestros amores violenta!
y pidiéndoles consejos
como si pudieran dalle,
hice alarde de mi talle,
siendo sus vidrios mi espejo;
porque advirtiendo mis faltas,
pudiese conjeturar,
que partes podia envidiar,
en él, mas perfectas y altas,
y aunque os parezca arrogancia
mas de una vez al mirarme,
dice: ¿quién puede igualarme,
en cuerpo é injenio en Francia?
Y si el temor no me engaña,
mas de dos me pareció,
que el agua me respondió:
¿quién? el duque de Bretaña.
De aquesta suerte he pasado,
un año, Sirena mia,
siempre aguando mi alegría,
el temor desconfiado,
hasta que cansado ya,
de cansaros, se casó,
el duque, y aliento os dió
á mi esperanza, que está
lozana, alegre, y gozosa,
pues sin estorbo Sirena
os llamará á boca llena,
y no con temor, esposa.

SIRENA.

¿Qué largo se me ha de hacer
por corto que sea ese plazo?

NISO.

Soplo aquesta.

GARGUEROS.

Soi un mazo.

TIRSO.

Rentoi.

CORBATO.

Hele de querer.

GARGUEROS.

Tablas son ¿qué hai que esperar?
la calle tengo de en medio
y una dama ¿qué remedio?

NISO.

Juegue, y comience á contar,
las tretas que tengo;
tres damas, y la forzosa,
verá á seís tretas.

GARGUEROS.

Donosa,
flema.

CORBATO.

Gran juego ganó.

FENISA.

Torilda daca el pandero,
que los quiero despertar,
si es que habemos de bailar.

TORILDA.

Saca el sacristan primero.

FENISA.

Ha mi señor Gargueros, salga y baile. (*).

(*) Levántanse y Fenisa cantando con el pandero para bailar saca á Gargueros.

GARGUEROS,

Por vida de Gargueros, que tal no baile.

TORILDA.

Salga al baile, salga al baile.

GARGUEROS.

En entablando otro juego.

CORBATO.

No Gargueros: salid luego.

GÁRGUEROS.

No haré por vida del fraile.

FENISA *Canta.*

Ha mi señor Gargueros cuerpo garrido
deje el juego pues al baile le convido

GARGUEROS.

No puedo porque he perdido cuatro reales. (*)

FENISA.

¡Ha mi Gargueros! salga y baile.

GÁRGUEROS.

Que por vida de Garguerico
que no baile por borrico.

FILIPO.

Avisad á la marquesa. (*)

SIRENA.

O mi sospecha me engaña,
ó es el duque de Bretaña.

CARLOS.

Apenas un temor cesa,

(*) Responde cantando sentado al son de una pieza con que toca sobre el tablero.

(*) Filipo hablando con Floro desde adenro.

cuando entran en su lugar,
sin número los recelos.
¡O cadenas de los celos!
¿qué haceis con eslabonar?

SIRENA.

Mi bien, tu esposa soi: deja
el temor.

CARLOS.

Soi desdichado,
mozo el duque y enamorado;
tu mujer, justa mi queja.
¿Qué he de hacer sino morir?

SIRENA.

Sufre y calla, si eres cuerdo.

CARLOS.

Hoi Sirena el seso pierdo,
¿y he de callar, y sufrir?

ESCENA VII.

Los antedichos y FILIPO.

FILIPO.

Ya que á darme no habeis ido
los parabienes, Sirena,
si es bien dallos á la pena
que en vuestra ausencia he tenido,
y por verme con estado
y esposa, no os conformais
con los demas, y os holgais,
que si hareis, que haya cuidado,
que á mi amor pueda obligalle
á que de vos se divierta,
porque advirtais que no es cierta
vuestra sospecha, á Belvalle,
vengo á veros, y podré

daros con mas fundamento,
de mi nuevo casamiento.
el parabien; pues que fué
para bien vuestro el casarme,
conforme nuestra opinion,
que con tan poca aficion
obligó á desesperarme,
y para mal de mi amor,
que siendo en mi mas terrible
halla el remedio imposible,
cuando su fuego es mayor.

SIRENA.

Vuecelencia, pues es sabio,
en mi podrá disculpar
el no habelle ido á dar
parabienes; pues no agravio,
la obligacion que confieso,
si mi impedimento ha sido,
estar sin padre y marido.

FILIPO.

Yo sin esperanza y seso.

SIRENA.

Goze un siglo prolongado,
de la duquesa Leonora,
la gracia que en ella mora,
vuecelencia, y noble estado
que de su buena eleccion
ha llegado acá la fama,
de mui discreta, y mui dama
tiene en Bretaña opinion.
Y segun esto, mal hace
en dejar vuestra eseelencia
por venir acá, presencia
de quien tanto valor nace;
pues siendo ya prenda suya,
justamente pedirá,
si en nuestro poder está,
que yo se la restituya.

FILIPO.

Siempre vos, bella Sirena
dando á mis tormentos copia,
por no tenerme por propia,
me llamastes prenda ajena.
¡O Cárlos! ¿acá estais vos?

CARLOS.

Parentesco, y vecindad
en aquesta soledad,
señor, nos junta á los dos:
el ver tan sola á mi prima
me obliga á mirar por ella.

FILIPO.

Yo no solo vengo á vella,
sino por lo que la estima
mi persona, ya que tengo
estado, en razon juzgué,
que á Sirena se le dé:
por esto á Belvalle vengo,
pues cuando el marques murió,
su padre, dejó al del mio
encargado, lo que fió,
sabré por él cumplir yo:
no está Sirena aqui bien,
sujeta á agravios, y enojos,
mientras que pongo los ojos,
y la voluntad, en quien
la merezca, me parece,
que en la duquesa hallará
mas recelo, y la tendrá
en el lugar que merece:
ella lo desea mucho,
y os está bien á los dos.

CARLOS.

¿Estais contento amor Dios? (Aparte.)
¿con qué de sospechas lucho?
Apenas he visto el puerto,

cuando me vuelvo á engolfar;
si de celos es el mar,
y hai tormenta, yo soi muerto.

FILIPO.

Que siga mi corte quiero
Cárlos tambien, que se queja,
porque de alegralla deja
tan notable caballero.

CARLOS.

Beso tus pies, siempre huyo
la corte, y su confusion.

FILIPO.

No haceis bien, porque es razon
darle al tiempo lo que es suyo.
A una vejez jubilada,
le está bien tanta quietud,
no á la noble juventud,
por cortesana estimada.
El ver allá á vuestra prima,
pues la teneis en lugar
de hermana, os ha de obligar.

CARLOS.

Y el hacer yo justa estima
de lo que vos, gran señor,
mandais.

FILIPO.

Para entreteneros
entre mozos caballeros,
sois mi cazador mayor.

CARLOS.

Honrándome de esa traza,
pondré á Peñalba en olvido;
cazador soi, si has venido (Aparte.)
duque, á espantarme la caza,
no harás presa en el amor,
que en ofensa mia deseas,

pues por cazador que seas,
soi yo cazador mayor.

FILIPO.

¿Qué me respondeis, señora,
á lo que he determinado?

SIRENA.

Puesto me habeis en cuidado:
no sé lo que os diga ahora,
sino agradecer la estima,
gran señor, que de mi haceis.

FILIPO.

Ya, Cárlos, la razon veis
que hai, para estar vuestra prima
en mas decente lugar,
y la voluntad que os muestro:
hoi he de ser huesped vuestro,
mañana os he de llevar
á la corte; la duquesa
lo quiere, Sirena, asi.

SIRENA.

Quisiera tener aqui
por lo mucho que interesa,
con tal huesped, esta casa,
lo que en vuestra corte sobra;
pero siempre el deudor cobra
mal, de hacienda, que es escasa.
¡Ai Cárlos, y como siento (Aparte.)
lo que aqui sintiendo estas!

CARLOS.

A mi enemigo amor das,
cruel, casa de aposento, (Aparte.)
la sospecha que me abrasa,
hoi de mi honor, me ha de hacer
perro: ladrar y morder
sabré, por guardar la casa.

FENISA.

¿En fin el baile se queda?

CORBATO.

Está el lugar enducado,
todo con velle ha cesado.

CLORI.

Mal haya el oro, y la seda,
que asi entristece el sayal.

SIRENA.

Vueccelencia, gran señor,
entre en su casa.

NISO.

Mejor
será hechar á fuera el mal:
cantemos.

FILIPO.

Id vos delante
pues sois luz, Sirena bella,
alumbrareisnos con ella.

GARGUEROS.

¡Bravo dicho!

TIRSO.

Es estudiante.

CARLOS.

Vivid alerta mi honor, (Aparte.)
no sufrais que en la marquesa
haga la deshonra presa,
pues soi cazador mayor.

TORILDA *Cantando.*

Buenas eran las azucenas
mas las clavellinas eran mas buenas.

ESCENA VIII.

SALON DEL PALACIO DEL DUQUE.
LEONOR, una Dama, y LUDOVICO.

LEONORA.

¿Tan presto el duque me engaña?

LUDOVICO.

La primera voluntad
es la que siempre acompaña
al alma.

LEONORA.

Si eso es verdad,
¿para que vine á Bretaña?
mejor estaba en Borgoña.

LUDOVICO.

No es mucho que sintais tanto
los celos, que sois visoña,
y suele aplacar el llanto
la fuerza de su ponzoña.
Es la marquesa Sirena
mujer de tanto valor,
que os puede aplacar la pena,
y ahora mucho mejor,
que es el duque prenda ajena;
pues cuando libre no pudo
ser bastante la promesa
del santo y conyugal nudo,
ni el esperar ser duquesa
de Bretaña, á que el desnudo
amor del duque encender
pudiese, en su pecho llama,
menos hoi ha de querer
admitir nombre de dama,
quien no admitió el de mujer.

LEONORA.

No sé en eso el natural
de su voluntad incierta:
una mujer principal
sé yo, que tuvo una huerta,
y en ella un bello peral,
cuya fruta apetecida
hasta del mismo rei era,
sin que á ella en toda la vida
se le antojase una pera,
ni preñada, ni parida.
Las puertas le desquiciaban
de noche, y por ir á hurtar
la fruta, en que desgajaban
el pobre árbol, que á guardar
los de casa no bastaban.
Y viendo que cerca, y puerta
eran flaco impedimento;
para no tenella abierta
de noche al atrevimiento,
vendió á un vecino la huerta.
Luego, pues, que la vió ajena
la que peras no comia,
tuvo por peras tal pena,
que en su mesa cada dia
eran su comida, y cena.
Ved si hai ejemplo igual:
en Sirena podrá hacer
la privanza, otro tal,
siendo en el gusto mujer,
y viendo ajeno el peral.

LUDOVICO.

Mientras que fuere rogada,
no os tengais por ofendida,
porque la mas recatada
se enamora aborrecida,
y aborrece reqüestada.

LEONORA.

Ludovico, esa ignorancia,
no es de vuestra discrecion,
¿qué Sagunto, ó qué Numancia
no conquistó la ocasion,
y mas con perseverancia?
Vence el amor que porfia,
y el oro todo lo merca;
y aun por aqueso queria,
para gozarla mas cerca,
tenerla en mi compañia.

LUDOVICO.

¿Eso, señora, os pidió?

LEONORA.

Dice que la tiene á cargo,
porque se la encomendó
con un discurso mui largo
su padre, cuando murió:
y que por esta ocasion,
y porque yo me entretenga,
y goce su discrecion,
gusta que á la corte venga:
Ved lo que los hombres son.

LUDOVICO.

Eso os está bien, señora,
porque si teneis en casa
á vuestra competidora,
podreis saber lo que pasa,
y ser vos su guardadora:
sed espia, y centinela;
Sirena en palacio esté,
que amor que sospecha y vela,
menos siente el mal que vé,
que el que dudoso recela.

LEONORA.

Ese es consejo estremado,
á seguille me he resuelto,

que un contrario declarado
mas mal hace estando suelto,
que no cautivo, y atado.
Vamos atajando engaños
á costa de mis desvelos,
que al fin viendo yo mis daños,
por no llorar entre celos,
lloraré mis desengaños.
¿Cuanto está de aqui el lugar
á donde vive esa dama?

LUDOVICO.

Seis millas debe de estar
de aqui.

LEONORA.

¿Belvalle se llama?

LUDOVICO.

Bello se puede llamar,
porque es bella recreacion.

LEONORA.

Ola, aderezadme un coche.

LUDOVICO.

¿Qué es señora tu intencion?

LEONORA.

Traella á casa esta noche,
que daña la dilacion.
Yo sé que el duque está allá,
si es tan cerca, yendo impido
lo que amor temiendo está;
Lorena, dame un vestido
de camino.

LUDOVICO.

¿No será
justo pensallo mejor?

LEONORA.

No, que si no vamos luego

dando al remedio calor,
por lo que tiene de fuego
suele apagarse el amor.

ESCENA IX.

DECORACION DE CAMPO, CON CASA EN EL FONDO.

CARLOS, de pastor y rebozado: el teatro está á obscuras.

CARLOS.

Un año, cielos ha, que amor me obliga
á la dicha mayor, que darme pudo,
que en fin de puro dar, anda desnudo,
y por tener que dar, pide, y mendiga.
Á Sirena me dió, porque le siga
en amoroso é indisoluble nudo,
¿mas con tal condicion, que siendo mudo
goce callando: ¿ víose tal fatiga?
Callar, y poseer sin competencia,
aunque el bien es mayor comunicado,
posible cosa es, pero terrible:
¿mas que tanto aquilaten la paciencia,
que obliguen, si el honor anda acosado,
á que calle un celoso? es imposible. (*)

SIRENA.

Que de mercedes nos hubiera hecho
naturaleza, madre verdadera,
si porque el corazon se descubriera,
rasgara una ventana en nuestro pecho.
Industria hubiera sido de provecho,
pues mirándola Cárlos, descubriera
mi amor incontrastable, y estuviera,

(*) Sirena á la ventana.

en lugar de celoso, satisfecho.
¡Qué de males cesaran, que de enojos,
si no estuviera el corazon secreto!
Pero ésta condicion, ya está cumplida;
ventanas son del corazon los ojos,
por donde verá Cárlos, si es discreto,
que es el duque mi muerte, y él mi vida.

CARLOS.

Sirena, para escusar,
la sospecha que me abrasa,
al duque dejó su casa,
pues no la quiere el dejar.
A ésta se pasa y ¿quién duda,
que en fé de su lealtad,
por no mudar voluntad
mi esposa, la casa muda?
¿Si dormirá? ¿pero cómo
conociendo mis desvelos
y sabiendo que los celos
son pesadilla de plomo?
Mas si harán, que es pretendida
del duque, á quien desvanece,
y la que mas aborrece,
se huelga de ser querida.
Háceda, si duerme, cielos,
y con ruegos os obligo,
que no sueñe en mi enemigo,
que aun soñando me da celos.

SIRENA.

Quejas en la calle siento,
si será Cárlos: ¿quien duda?
un año ha que por ser muda,
hago mayor mi tormento:
No oso hablar, que estoi ahora
en casa villana, y sé
que desde que nació, fué
la malicia labradora.

¡Ai cielos, si será él!
desde aqui quiero escuchalle.

CARLOS.

Ya que me mandan que calle
medio, aunque sabio, cruel,
si quejándose, el mal mengua,
oid cielos mis enojos,
que aunque esteis sembrado de ojos,
ó estrellas, no teneis lengua.
Yo ha un año, que en posesion
gozo á un anjel, pero en duda
que se mude.

SIRENA.

No se muda,
la anjélica perfeccion.

CARLOS.

¡Valgame Dios! ¿no es Sirena
la que mi mal satisface,
y en ausencia del sol, hace
la noche clara y serena?
¿Sois vos mi bien?

SIRENA,

No lo sé,
pues no haceis de mi confianza.

CARLOS.

Navego, temo mudanza:
en el mar de amor no hai fé;
culpo mi sospecha loca,
mas no me oso asegurar.

SIRENA.

De que se alborote el mar
poco se le dá á la roca.

CARLOS.

Ya yo sé que vence ella
la firmeza siempre viva:
pero aunque no la derriba,

suele en la roca hacer mella,
y basta para perder
la opinion, joya estimada,
si mella en honra, y espada,
¿qué valor ha de tener?
que aunque firme se autorice,
por mas que el mar la combata;
puesto que nunca la abata,
al menos la esterélice.
¿Do hallareis peña, ni amor,
si el mar furioso la alcanza,
que al abril de la esperanza
permita yerba, ni flor?
¿Qué importa, esposa querida,
que inmovil permanezcais,
si á la corte al fin os vais,
á ser siempre combatida?
donde yo en cielos eternos,
esteril vuestro amor vea;
pues aunque el alma os posea
será ya imposible el veros.
Mudais de casa y lugar,
no sin causa temo y dudo.

SIRENA.

Mi bien, sitio, no amor mudo.

CARLOS.

Al fin, Sirena, es mudar:
en la corte cada dia
se muda todo lenguaje,
el sitio, el estado, el traje,
la amistad, la cortesia,
la privanza, el querer bien;
por eso el que os vais reluso,
que vos por andar al uso,
os quereis mudar tambien.

SIRENA.

Antes tendrá mas ganancia

allá, la firmeza mia,
que toda mercaderia
baja, donde no hai ganancia.
Y si en la corte dicho has,
que hai tan poca fortaleza,
claro está que mi firmeza
por sola, ha de valer mas.

CARLOS.

¿Ya hablais del valor? temer
puedo, que saldreis íngrata,
porque quien del precio trata,
no está lejos de vender.
Mas hai amores, no trates
de injuriarte de tu esposo,
que el loco amante, y celoso
cuanto dice, es disparates.
No puedo mas ¿qué he de hacer?
ya no peleo con amor,
sino con celos de honor,
jigantes que harán temer
al corazon mas valiente:
llévate el duque á su casa,
téngote de ver por tasa,
sin ella has de estar presente
á sus importunos ruegos,
¿qué mucho que tema pues?

SIRENA.

Cárlos mio, poco ves,
que tambien hai celos ciegos,
para la seguridad
de mi fama, y de tu honor,
¿puede haber cosa mejor
que llevarme á la ciudad?
¿En que fortaleza habito,
que pueda hacer resistencia
á la amorosa violencia
de un poderoso apetito?
¿Tiene de poder Belvalle,

y cincuenta labradores,
á pesar de sus amores,
defenderme, y ausentalle?
Dirás que no, claro está;
pues si á la ciudad me lleva
donde la duquesa nueva,
que debe de saber ya
el fuego que al duque enciende,
guardarme ha de pretender,
¿qué temes, si una mujer
recelosa me defiende?
¿hai vida tan cuidadosa,
que asegure tus enojos?
¿hai Argos tan llenos de ojos,
como una mujer celosa?
¿Pues qué temor te acobarda,
si aqui segura no estoi
y he de llevar donde voi
un anjel tras mí, de guarda?
Yo le diré á la duquesa
lo que le conviene estar
cuidadosa, y estorbar
lo que su amor interesa;
y andando yo cada dia
guardada de una mujer,
es lo mismo que tener
tu honor en una alcancia.

CARLOS.

¿Qué importa, sino he de hablarte
querida Sirena mia?

SIRENA.

¿Pues quédaste aqui? ¿no vas
Cárlos, á la misma parte?
¿Puede haber inconveniente,
qué al fin un primo no acabe?
¿Qué puerta hai jamas con llave
para el amor que es pariente?

¿No eres cazador mayor?
busca, vela, ronda, y traza,
que sin trabajos, no hai caza,
ni sin dilijencia amor.

ESCENA X.

Dichos, FILIPO y FLORO, rebozados.

FILIPO.

¿Qué importa que me aconsejes,
si yo muriéndome estoi?

FLORO.

¿No eres duque?

FILIPO.

¿Amante soi?

FLORO,

Por lo mas es bien que dejes
lo menos.

FILIPO.

¿Cuál es lo mas?

FLORO.

Ser duque.

FILIPO.

¿Qué ser amante?

FLORO.

¿Pues no?

FILIPO.

Eres ignorante:
no he de admitirte jamas
á cosa del gusto mio:
¿amor no es Dios?

FLORO.

Esa fama
tiene acerca de quien ama.

FILIPO.

¿Luego has dicho un desvario?
que si amor en si transforma
al amante, claro está
que amor, lo que soi será,
yo la materia, él la forma,
y si de Dios tiene nombre,
¿cuál es mejor de los dos,
el que amando es con él, Dios,
ó el duque, que al fin es hombre?

FLORO.

Lo que yo sé, es, que te engaña
el frenesí de tu pena.

FILIPO.

Dios soi amando á Sirena,
y no duque de Bretaña.

CARLOS.

El duque es este. (Ap. á Sirena

SIRENA.

¡Ai de mí!
Cárlos mio, vete luego,

CARLOS.

¿Tocan los cielos á fuego,
y he de partirme de aqui?
No me está bien esa traza,
que soi cazador mayor,
y no es cuerdo cazador
el que huye, y deja la caza.

SIRENA.

¿Si te conoce?

CARLOS.

El disfráz
que traigo, y la noche oscura,
de ese temor me asegura.

SIRENA.

¡Ai esposo! vete en paz,

ó iréme yo, no me vea.

CÁRLOS.

El huir es claro indicio,
Sirena, del maleficio:
tambien se ama en el aldea,
finje que Fenisa eres,
y haré que Carmenio soi.

SIRENA.

Mala finjidora soi.

CÁRLOS.

Pues bien finjís las mujeres.

SIRENA.

¿Qué sacas de que aquí esté?

CÁRLOS.

Defender pared, ó puerta,
viendo que hai jente despierta,
cuando tan perdido esté
el duque, que hacer intente
lo que el amor y el poder
por obra suelen poner.

FILIPO.

Escucha: en la calle hai jente.

FLORO.

Tambien rondan labradores,
que contra el sueño y trabajo,
suele tomar á destajo
esta jente sus amores.

FILIPO.

¿No es la casa del alcalde
esta en que Sirena está?

FLORO.

Pienso que si.

FILIPO.

¿Quién sera?

FLORO.

Quien por no pagar de valde
la ventana, vé la fiesta
de noche.

FILIPO.

En fin, ni al sayal,
ni á la seda principal,
ni á villana ó dama honesta
amor de noche preserva.

FLORO.

No hai quien no le pague escote,
porque es la noche un pipote,
señor, de toda conserva.

FILIPO.

¿Qué hablarán?

FLORO.

Cosas de risa
con que entretengan su mal,
él requiebros de sayal,
y ella favores de frisa.

FILIPO.

Oigámoslos, ¡Dios tirano!
¿porqué ha de amar un pastor?

FLORO.

Porque es hombre.

FILIPO.

No es amor
bocado para un villano.

CÁRLOS.

En fin, ¿qué no hai quillotar
á vuestro padre, Fenisa,
para que un disanto á misa
Gargueros nos venga á echar
la tribuna abajo?

SIRENA.

No.

CÁRLOS.

Hello por fuerza.

SIRENA.

Eso es malo,
que tiene el mando y el palo,
¿No soi vuestra mujer yo?
¿de qué diablos hai querella?

CÁRLOS.

¿Mas de qué no la he de ber?
de noche sois mi mujer,
y de dia sois doncella.
A medias estoi casado,
yo busco mujer entera:
mi Fenisa, dentro ó fuera.

FLORO.

Labrador determinado,

FILIPO.

A habello yo, Floro sido,
no tuviera que temer.

FLORO.

Habla por ser su mujer,
con libertad de marido.
¿No lo es tuya la duquesa?

CÁRLOS.

Entrate

SIRENA.

Lo dicho dicho,
esta noche hai entredicho,
sabe el amor que me pesa.
¡Mal haya Sirena amen!

CARLOS.

No la maldigas que es linda.

SIRENA.

¿Es bella?

CARLOS.

Como una guinda,

pardios que la quiero bien.

SIRENA.

No gusto yo mucho de eso.

CARLOS.

Ya que hayas de maldecir,
sobre el duque puede ir,
porque es nuestro sobrehueso;
que esta noche mos estorba.

SIRENA.

Como esas mos ha estorbado.

FILIPO.

Yo vengo á ser el culpado.

SIRENA.

Mala landre que le sorba,
¿No tiene ya su mujer?
¿Qué Diablos nos quiere aquí?

CARLOS.

Como no vuelva por sí,
palos debe de querer.

FILIPO.

¿Palos? (A Floro)

FLORO.

Esto va malo,
aunque entre los labradores,
las bubas y los amores
se sanan tomando el palo.

SIRENA.

Palos á un duque es pecado.

CARLOS.

En dando en ser cascabel,
yo le apalearé á él,
y no tocaré al ducado.
¡Si me estuviese escuchando!

SIRENA.

¿Pues para qué?

CARLOS.

¿No podia,
viendo que en casa dormía,
Sirena, andalla rondando?

SIRENA.

Pardiobre, por mas que ronde,
no temas que la trabuque.

CARLOS.

¿No, Fenisa, siendo un duque?

SIRENA.

Ni un rei, ni un papa, ni un conde.

FILIPO.

Todos son historiadores
de mi desdicha.

CARLOS.

Sirena,
duerme sin cuidado y pena,
amor en los labradores,
si se agarra y da en costumbre,
no se puede soportar;
las tapias quiero saltar,
y aliviar la pesadumbre.

SIRENA.

¿Estás loco?

CARLOS.

Loco estó,
yo soi vuestro esposo y dueño,
aténgome al matrimoño,
¿O sois mi mujer, ó no?

SIRENA.

Ruido suena, padre llama
la jente: voime á acostar.

CARLOS.

¿Y qué he de hacer yo?

SIRENA.

¿Qué? esperar,

que es costumbre de quien ama.

CARLOS.

¿Cuando hablaremos los dos,
ya que así mi fuego atizas?

SIRENA.

Mas dias hai que longanízas;
en yéndose el duque, á Dios. (Vas

ESCENA XI.

CARLOS, FILIPO y FLORO.

FILIPO.

Floro, con la ayuda de este,
que en fin es ladron de casa,
el fuego que así me abrasa,
podrá ser no me moleste.
¡ha de la calle! ¿quién vá?

CARLOS.

¡Ha de la calle! ¿quien viene?

FILIPO.

Quien cerrado el paso tiene.

CARLOS.

Pasos abrimos acá.
Es el monte mas cerrado.

FILIPO.

¿Con quien hablabais aqui?

CARLOS.

¿Confesaisme vos á mí,
que pescudais mis pecados?

FILIPO.

Ea, no repliqueis mas;
¿Con quien hablabais?

CARLOS.

Buen cuento:
en los diez no hai mandamiento
que nos mande, no hablarás.

FILIPO.

Pues yo lo mando.

CARLOS.

¿Sois vos
mas que los diez mandamientos?

FILIPO.

Ahorremos de finjimientos,
y advertid que somos dos,
y vos uno.

CARLOS.

Uno, y no manco.

FILIPO.

Haced lo que os digo pues.

CÁRLOS.

Dos sois, y conmigo tres,
aun no hai para pies á un banco.
¿que quereis?

FILIPO.

En casa ajena,
y donde el alcalde vive,
y por huéspeda recibe
á la marquesa Sirena;
es notable desacato,
que á su ventana hableis vos.

CÁRLOS.

Perdonadme, que pardios
que sois lindo mentecato.

FILIPO.

Villano, ¿sabeis quien soi?

CARLOS.

Qo l duque me pareceis,

en el traje que traeis.
por él este nombre os doi.

FILIPO.

¿Porqué el duque lo merece?

CARLOS.

Porque si fué requestada,
Sirena para casada,
y aun con esto le aborrece,
¿qué tiene ya que responder,
sí se ha casado con otra?
¿ha de gustar ser quillotra;
quien no quiso ser mujer?

FILIPO.

¿Quien os mete á vos en eso?

CARLOS.

¿Quién? el que á vos os metió
en reñirme si hablo, ó no;
los dos estamos sin seso,
y asi dándonos por buenos,
irnos es cosa barata
que es un asno quien se mata
cual vos, por duelos ajenos.

FILIPO.

¿Y si fuese el duque yo
á quien habeis eso dicho?

CARLOS.

Si sois vos, lo dicho dicho.

FILIPO.

¿No os desdireis de ello?

CARLOS.

No:
pocas veces me desdigo,
porque de honrado me precio.

FILIPO.

Ni sois cobarde, ni necio;
yo quiero ser vuestro amigo,

¿quereis vos?

CARLOS.

Si me estuviere
bien, podrá ser que lo sea.

FILIPO.

¿Y estaraos bien?

CARLOS.

Cuando os vea,
y vuestro estado supiere.

FILIPO.

Decidme pues vuestro nombre.

CARLOS.

Vos proponeis el partido:
lo que me pedis os pido.

FILIPO.

¿Has visto Floro tal hombre?
ahora yo os he menester,
la necesidad me obliga
á que estado, y nombre os diga.

CARLOS.

Mal podeis mi amigo ser,
si os fuerza necesidad;
que amistad interesable
jámas ha sido durable.

FILIPO.

¿No se obliga una amistad
con buenas obras?

CARLOS.

A veces,
mas despues de recibida,
ó se paga mal, ú olvida.

FILIPO.

Labrador, mas me pareces
filósofo, que villano.

CARLOS.

Lo uno, y otro puede ser.

FILIPO.

Que de ello te he de querer,
si me remedia tu mano.
Discrecion tienes estraña,
aficionado te quedo,
sacarte del sayal puedo,
que soi duque de Bretaña.

CARLOS.

¡Válgame Dios! ¡que el duque es!
perdone su reverencia
que la noche dá licencia
y deme á besar los pies
desde aqui.

FILIPO.

Llegate mas.

CARLOS.

Hame dado una leccion
la fábula del leon:
ya tu señor la sabrás.
Estaba viejo una vez,
y tullido, que no es nuevo
quien anda mucho, mancebo
estar cojo á la vejez.
Como no podia cazar,
y andaba solo, y hambriento,
remitió al entendimiento
los pies que solian volar.
Y llamando á córtes reales,
mandó por edicto y lei,
que atendiendo que era el rei
de todos los animales,
acudiesen á su cueva;
fueron todos, y asentados,
dijo: vasallos honrados,
á mi me han dado una nueva

estraña, y que me provoca
á pesadumbre y pasion,
y es que dicen que al leon
le huele mui mal la boca.
No es bien que un sudueste real
de tantos brutos señor,
en vez de dar buen olor,
á todos huela tan mal.
Y asi buscando el remedio,
hallo que á todos os toca,
que llegandoos á mi boca,
veais si al principio, ó medio,
alguna muela podrida
huele mal, porque se saque,
y de esta suerte se aplaque
afrenta tan conocida.
Metióse con esto adentro,
y entrando de uno en uno,
no vieron salir ninguno:
la raposa, que es el centro
de malicias, olió el poste,
y convidándola á entrar,
para ver y visitar
al leon, respondió: oste.
Y asomando la cabeza,
dijo: por no ser tenida
por tosca, y descomedida,
no entro á ver á vuestra alteza;
que como paso trabajos,
unos ajos he almorzado,
y para un rei, no hai enfado
como el olor de los ajos.
Por aquesta cerbatana
vuestra alteza eche el aliento,
que si yo por ella siento
el mal olor, cosa es llana,
que hai muela con agujero,
y el sacalla está á otra cuenta,

que yo estoi sin herramienta,
y en mi vida fui barbero:
lo mismo somos los dos,
y en fé de vuestra amistad,
acercarme es necedad;
porque he dicho mal de vos,
y un viejo, tiene por tema
decir, cuando alguien me allego
del rei, del sol, y del fuego
lejos, que de cerca quema.

FILIPO.

¿Pues no me habeis de decir
quien sois, si os lo he dicho yo?

CARLOS.

Antes si, pero ya no,
por lo que acabais de oir.

FILIPO.

No habrá amistad en los dos,
si el nombre encubris asi.

CARLOS.

Vos me habeis menester á mi,
segun decis, yo no á vos:
Si asi amistad no quereis,
tomaosla, señor, allá.

FILIPO.

Sabio simple, ven acá,
ya he visto lo que os quereis
tú y Fenisa, y que ha llegado,
venciendo estorbo y temor,
al fin dulce vuestro amor,
que espera un enamorado.
Sé la poca voluntad
que tiene de que os caseis
el alcalde, á quien quereis
por padre de afinidad,
y que á pesar suyo, allanas
tapias, saltando paredes,

que no es poco hacer mercedes,
paredes que son villanas.
De mi os senti formar quejas,
porque estorbo vuestro amor,
para gozalle mejor
si aun lado recelos dejas,
que dices tienes de mi,
y al aposento me guias
de Sirena, ya podrias
quedar de villano aqui
hecho hidalgo, y caballero,
y con Fenïsa casado.

CARLOS.

Por alcahuete, privado;
pero no seré el primero.
Tiene mil dificultades,
señor, lo que me mandais,
el oficio que me dais,
usase por las ciudades,
mas no por aldeas, ni villas:
alcahuetes hai allá
señorias, pero acá
sufrimos pocas cosquillas.
Esto es lo uno, lo otro es
que Fenisa es tan hermosa,
como Sirena, y mi esposa,
y si allá os meto, despues,
cuando Sirena os reproche,
quizá darcis en Fenisa,
que suele el diablo dar prisa
y todo es pardo de noche.
Hai en la puerta un cencerro
gruñidor, y en el corral
hai un pozo sin brocal:
lo tercero, tiene un perro,
que si os vé, y descencuaderna
los dientes, dando tras vos,
no tengo á mucho, pardios,
que sé os meriende una pierna,

Lo cuarto, habeis de pasar
por la cama del alcalde,
y no pasareis de balde,
si al mastin siente ladrar.
Porque si una estaca arranca,
mientras se averigua, ó no,
si es el duque el que pasó,
sabreis lo que es una tranca.
Lo quinto, fuera de aquesto,
no os quiero her otro regalo:
lo sesto, ya veis que es malo
todo lo que toca al sesto.

FILIPO.

Mata ese villano, Floro.

CARLOS.

No consiento mataduras,
iguales somos á oscuras,
sin luz no reluce el oro.
Tente duque, que es de noche,
no te quedes en Belvalle.

FLORO.

Hachas vienen por la calle,
Y detras de ellas un coche.

FILIPO.

¿Coche, y hachas por aqui?
¿hachas, y coche en aldea?
¿quién será?

CARLOS.

Sea quien sea,
señor duque á Dios. (Vase).

ESCENA XII.

FILIPO, y FLORO.

FILIPO.

Que asi
de los dos se haya burlado
un villano?

FLORO.

Está en su villa,
y villanos en cuadrilla
desharán un campo armado.
Oye, que el coche atascó,
y no pudiendo arrancar,
los ha obligado á apear

FILIPO.

No es aquella que salió
la duquesa?

FLORO.

Ó sueño, ó si.

FILIPO.

Retirate.

FLORO.

¿Para qué,
si está ya tu esposa aqui?
La guarnicion de la capa,
que con la luz resplandece,
señor, á tu esposa ofrece
lo que la oscuridad tapa.
Ya te ha visto.

FILIPO.

Por saber
lo que es esto no me voi.

ESCENA XIII.

Los mismos, LEONORA de camino, LUDOVICO, y dos pajes con hachas.

LEONORA.

Basta que en Belvalle estoi:
hazaña al fin de mujer
recien casada, y celosa.

FILIPO.

¡Leonora!

LEONORA,

¿Es el duque?

FILIPO.

Ya
seré duque, pues está
aqui mi duquesa hermosa.
Pues mi bien ¿qué causa pudo
obligaros, á tal hora
á venir asi?

LEONORA.

Quien no ignora
que amor, por andar desnudo,
ni de noche temor tiene,
que le salgan á robar,
ni repara en caminar,
en fé que con alas viene.
Como soi recien casada,
y novicia en el amor,
despues que os quiero, señor,
me teneis mal enseñada.
Vi que la noche venia,
y estando ausente mi dueño,
lo habia de estar el sueño,
que sin vuestra compañia
ya será imposible hallalle:

y para estar desvelada,
mas quiso hacer la jornada
que hai de la corte á Belvalle,
que á sopechas dar lugar.

FILIPO.

El haberme encomendado
mi padre, el aumento y estado
de Sirena, disculpar
me puede en esta ocasion.

LEONORA.

No tengo de que os reñir,
antes vengo por cumplir
esa justa obligacion.
¿Adonde está la marquesa?

FILIPO.

Por aposentarme á mi
en su casa, vive aqui.

LEONORA.

Cortesia suya es esa,
y vos, porque esté segura,
sueño, y puerta le guardais.

FILIPO.

Cuando vos, mi bien, estais
ausente. vuestra hermosura
contemplo, como en retrato,
en la luna, y las estrellas.

LENORA.

Y hallareis mas luz en ellas
á estas puertas cada rato:
haced que la llamen luego,
que ha de ir en mi compañía.

FILIPO.

¿No aguardaremos al dia?

LEONORA.

¿Para que es tanto sosiego?
está desapercebido

á estas horas el lugar,
y no podrá aposentar
los que conmigo han venido.
La corte aun no está de aqui
dos leguas.

FILIPO.

Yendo con vos,
doscientas, no fueran dos.

LEONORA.

Pues si eso sentis asi
¿que hai que aguardar?

FILIPO.

Por mi nada;
mas cojemos de repente
á Sirena, que inocente
mi bien, de aquesta jornada,
ha de juzgar por rigor
lo que á venir mas de asiento
tuviera á entretenimiento.

LEONORA.

Yo sé que me hará favor
en pagar la voluntad,
y prisa á venir á vella,
con dar la vuelta con ella
á nuestra corte y ciudad.
Díganla como aqui estoi.

FLORO.

La puerta han abierto ya.

ESCENA XIV.

Los precedentes, CORBATO con un candil y FENISA.

CORBATO.

¿Quién diablos voces nos dá?

arre allá, ¿soi ó no soi
alcalde?

FENISA.

¿Toda la noche
á nuestra puerta ruido?
pero hao, ¿quien ha venido
acá, con cirios, y coche?
El duque padre, y la duca?

CORBATO.

El ruido no era en balde;
señor....

FILIPO.

¿Sois vos el alcalde?

CORBATO.

Aunque la vejez caduca,
yo soi ogaño el embarado.

FILIPO.

¿Y es Fenisa ésta doncella?

CORBATO.

Para serville yo, y ella.

FILIPO.

Ponella, alcalde en estado,
que es ya grande.

CORBATO

Duerme bien
almuerza, y come mejor,
no la quilletra el amor,
ni hasta ahora canas tien.
¿quién me mete á mi en metella
en prensa?

FENISA.

¿Casarme yo?

FILIPO.

Haced lo que os digo yo,
ó sino casárase ella.

ESCENA XV.

Los anteriores y SIRENA.

SIRENA.

¡Señora! ¿aqui vuescelencia?
mándeme dar esos pies.

FILIPO.

La marquesa mi bien, es.

LEONORA.

La fama de vuestra ausencia,
Sirena, me trae asi
de vos tan enamorada,
que no siento la jornada,
pues por ella os hallo aqui.
No he de partirme sin vos
que he de ser vuestro galan,
y ya recelos me dan,
que estando ausente las dos,
me habeis de quitar el sueño.

SIRENA.

Si al principio tal favor,
señora, hallo en vuestro amor,
aunque en mérito pequeño.
El mio aeepta el partido,
pues si va á decir verdad,
muerta por vuestra beldad,
de Belvalle me despido.

CORBATO.

De mujer á mujer va,
pata para la traviesa.

ESCENA XVI.

os antedichos y CARLOS, en su propio traje.

CARLOS.

¿En Belvalle la duquesa?

CORBATO.

A oscuras se vino acá.

CÁRLOS.

¿Tanta merced, gran señora?

FILIPO

¡O Cárlos, mucho dormis!

CÁRLOS.

Si en el aldea vivis,
sabreis que el que en ella mora,
todo el tiempo, gran señor,
gasta, si no va á cazar,
solo en dormir y jugar.

LEONORA.

Habéisme de hacer favor,
de que sin culpar mi prisa,
en el coche nos entremos,
y por Belvalle troquemos
la córte, porque es precisa
la ocasion, que de tornarme
ésta misma noche tengo:
y pues solo á veros vengo,
ya sin vos no podré hallarme.

SIRENA.

Cuenta el duque me habia dado
de la merced que desea
vnecelencia hacerme, y crea
que tengo mui deseado
este punto; que de estar
sin padre, y á cargo suyo,
mi seguridad arguyo.

LEONORA.

No tenemos que esperar,

que por mejor los esteis,
vengo en persona por vos.

SIRENA.

Y estarémoslo las dos,
si vos tal merced me haceis.

LEONORA.

Ya os entiendo: venga el coche.

FILIPO.

Floro, cumplió mi deseo
el amor.

CARLOS.

¿Qué en poder veo (Ap.)
de mi enemigo, cruel noche,
mi honor? ¿qué sufrillo pudo
mi amor honrado? Sirena,
¿en poder y casa ajena,
y yo con celos, y mudo?

FILIPO.

Carlos, mirad que os aguarda
el oficio que os he dado.

CARLOS.

Yo tengo señor, cuidado.

CORBATO.

Fenisa pon el albarda
al rucio, y alto al molino,
pues los huéspedes se van,
echa en las alforjas pan.

LEONORA.

Corto es marquesa el camino.

SIRENA

Todo en tu favor se traza.
no tengas mi bien temor. (A Cárlo

CARLOS.

Pues soi cazador mayor,
recelos, ojo á la caza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

SALON DEL PALACIO DUCAL.

ESCENA PRIMERA.

FILIPO y LEONORA.

FILIPO.

ben los cielos, mi Leonora hermosa,
desde que mi esposa te nombraron,
de dos enlazaron una vida,
r vella divertida en otra parte,
isiera aposentarte de manera
ella, que no hubiera otra señora,
e no siendo Leonora, la ocupara:
un reino es cosa clara, que se rije
un solo rei, que elije por cabeza,
la naturaleza solamente
) al mundo un sol ardiente, y una luna,
en cada cuerpo es una el alma bella,
es bien que esten en ella dos señores,
ocupen dos amores una casa,
no en la esfera escasa de mi pecho:
jencias he hecho, que no han sido
tantes al olvido he intentado,
entarme, he procurado divertirme,
para persuadirme al tuyo honesto,
partes he propuesto, que enoblecen
ama, y enriquecen mi ventura
irtud, tu hermosura, tu nobleza
élebre grandeza de tu casa,

mi memoria repasa cada dia,
mas hai Leonora mia, que no basta
contra la mala casta de un tirano,
que á todo dá de mano; y en mi pecho
de suerte asiento ha hecho, que con todo
alzándose, no hai modo que se aplaque,
sino es que con el saque el alma y vida,
que está con él asida: y porque goce
su reino, desconoce al propio dueño:
esto me quita el sueño, que quisiera
un alma darte entera, y no partida,
no sé que medio impida aqueste daño,
pues contra el desengaño esposa mia,
crece mas cada dia: solo uno
hallo que es oportuno y provechoso,
si bien dificultoso, pues comienza
la tímida vergüenza á refrenalle
al tiempo de esplicalle; y esto pende
de tu amor, si se estiende, Leonor bella,
á tanto que atropella de los celos
la línea y paralelos, porque estriba
solo en que el duque viva, que padece:
si el tuyo te parece que es bastante
á hazaña semejante, hácete cierta
de la herida encubierta, que te llama
su médico.

LEONORA.

Quien ama como debe,
debajo el yugo leve y amoroso
del matrimonio, esposo, no repara
en cosa, por mas cara que parezca,
pues si es bien que se ofrezca al golpe rud
el brazo, aunque desnudo, cuando mira
que á la cabeza tira y amenaza:
bien es que de esta traza yo pretenda
tu vida y te defienda, pues estriba
mi ser todo en que viva la cabeza,
que la naturaleza en tí me ha dado,

el fin de tu cuidado en mí consiste,
estés, Filipo, triste, dame cuenta
la pasion violenta que te abrasa,
pues tienes en tu casa la ventura
ie dices, ponte en cura, aunque yo muera.

FILIPO.

Oh mi bien! ¿quien pudiera para amarte
ejor, desocuparte el alma toda,
ie hospeda y acomoda ingratas prendas:
imajines ni entiendas que te pido,
ie si por su marido ofreció Alceste
vida, imites este ejemplo estraño,
que tan en tu daño mi sosiego
salga, que en el fuego riguroso,
amor de tu esposo, como á Evadne
arroje, porque gane eterna fama:
ie ni acero, ni llama han de ser medio,
ie pueda dar remedio á tanta pena:
marquesa Sirena es el tirano
e con violenta mano se retrata
ntro del alma ingrata y homicida,
posesion debida á tu hermosura,
anizar procura; ya ha dos años,
ie con mil desengaños, menosprecia
voluntad, que necia permanece,
anto mas me aborrece, mas constante:
el verme mozo amante, ni el estado
istre que he heredado, y su señora
llamara; Leonora, hablandar pudo
uel pecho desnudo de clemencia,
el ver que la potencia, en compañía
l poder, cada dia precipita
razon, si la irrita el menosprecio,
obligó, caso necio, á ser mi esposa:
ndo pues peligrosa mi esperanza,
a tomar venganza y olvidalla,
alma quise echalla, haciendo dueño
ro, en tiempo pequeño, á mi Leonora:

llamóte al fin señora mi Bretaña,
y como te acompaña la belleza
igual á tu nobleza, creí contento
echar del pensamiento al dueño ingrato,
que en el alma retrato que es ausente
de Sirena, y presente tu hermosura:
¿en qué pizarra dura se esculpiera
que no la echara fuera y se borrara?
ni el sol de aquesa cara, ni su ausencia,
ni el ver por esperiencia ya imposible,
mi frenesí terrible, hizo otra cosa,
que aumentar mas furiosa la cruel llama,
que ciega se derrama, y como loca,
se sale por la boca: al fin, Leonora,
viendo de hora en hora alborotada,
y ya banderizada el alma mia,
que de tu parte cria atrevimiento,
porque el entendimiento te defiende,
que conoce y entiende lo que vales,
con armas desiguales, la refrena
memoria de Sirena, y de su parte
la voluntad reparte, aunque sin ojos,
la victoria y despojos de mi vida,
viéndote de vencida, y ya olvidada:
porque desengañada te siguiese
la voluntad, y viese juntamente
tu belleza escelente y la hermosura
de quien mi mal procura, fuí por ella,
y aquí quise traella, que un contrario
junto á otro, es ordinario dar mas muestra
de la virtud que muestra: de esta suerte
creí, mi bien, que en verte mas perfecta,
mas hermosa y discreta, se enlazara
en tí el alma, y dejara á la marquesa,
de quien, aunque le pesa, la atribuye
la ventaja que incluye tu hermosura:
no salí con la cura, antes creciendo,
el fuego en que me enciendo, es ya de suerte

ue sino es que la muerte le reporte,
esde que está en la corte á tal estado
e trae, que me ha obligado á que disponga
i vida, y que la ponga, ¡ai Leonor bella!
n tu mano, que si ella no me sana,
ualquiera cura es vana.

LEONORA.

El como aguardo.

FILIPO.

Creerás que me acobardo, y no me atrevo
ando á decirte pruebo mi locura,
endo que tu hermosura, entendimiento
discrecion afrento? Leonor mia,
ita mi cobardía, en esta mano
e beso, y por quien gano el bien que espero (*)
ner mi salud quiero, así me veas
re, porque poseas toda el alma,
e pongas quieta calma á esta tormenta,
has de estar descontenta, ni enojarte.

LEONORA.

pieza á declararte, lisonjero.

FILIPO.

me juras primero no hacer caso
celos, pues me abraso aunque procuro
vidar.

LEONORA.

Yo lo juro, ea, acabemos.

FILIPO.

te cansen estremos, ten paciencia:
suele la esperiencia haber mostrado
sar odio y enfado, si se alcanza
que hace la esperanza mas perfecto,
sabes que el objeto deseado
le hacer al cuidado sabio Apeles,
con varios pinceles en distinta

*) Bésasela.

color esmalta y pinta con bosquejos,
lo que visto de lejos nos asombra,
y siendo vana sombra, nos parece
un sol que resplandece, una hermosura
que deleitar procura, y nos provoca:
mas si la mano toca la finjida
pintura apetecida, vé el deseo
ser un grosero anjeo, en que afeitado,
ni cria yerba el prado, ni la fuente
prosígue su corriente, ni vé, ni habla
la tabla, que la imajen representa,
y asi lleno de afrenta busca viva
la que la perspectiva enseña muerta:
mi voluntad incierta, que engañada
vé en Sirena pintada una hermosura
divina; una cordura deleitable,
un sol, que hacen amable sus reflejos,
como la vé de lejos, ignorante
juzga lo que delante le parece,
y engañada apetece, como loca,
lo que si gusta y toca, se podria
que hiciese, esposa mia, mas segura
la divina hermosura, que en tí siento,
y el aborrecimiento, y el engaño,
remediasen el daño que me abrasa:
el remedio está en casa, por quien peno,
tu has de ser mi Galeno, y mi bien todo:
haz Leonora de modo, aunque provoque
tus celos, que yo toque esta pintura;
desengañar procura mi deseo,
sepa yo si es anjeo, comparado
contigo, este adorado desatino,
sepa yo si es divino, ó si es humano
este anjel, porque sano, como es justo
te estime mas mi gusto, y la esperiencia
me enseñe la excelencia, mi Leonora,
con que eres vencedora: y yo mudado,
vuelva desengañado, y reducido,

no á darte dividido, sino entero
un amor verdadero.

LEONORA.

La primera
mujer, que sea tercera de su esposo
seré, mas si es forzoso el agradarte,
y á costa he de curarte de mi gusto,
vaya con Dios, yo gusto darte en eso
la vida con el seso, á los desvelos,
de averiguados celos, pondré pausa,
si con tan justa causa no dan pena:
persuadiré á Sirena con albricias,
con ruegos, con carieias; y de modo
tentaré el vado todo, que si á ruegos
muestra desdenes ciegos, y te agrada
su belleza forzada, á que la fuerces,
y el torpe gusto esfuerces, daré traza:
¿ estais contento?

FILIPO.

Enlaza en este cuello
el tuson rico y bello de tus brazos;
acorta mi bien plazos, pues acortas,
si á mi dicha la ecsortas, el agravió
que te hago: y cuerdo y sabio, podré darte
toda el alma, que jura de adorarte.

ESCENA II.

LOENORA, sola.

No sé como he reprimido
el ímpetu á la pasion,
ni como mi corazon
disimular ha podído:
¿Ha visto el mundo, ó ha oido

combate de amor mas recio.
¡Ha Filipo torpe y necio!
á enjendrar en mi comienza
venganza tu desvergüenza,
y desden tu menosprecio.
¿Tan fuerte es una mujer,
que la pruebas en tu daño?
¿tan sufrible un desengaño,
que en mi le quieres hacer?
¿no pudieras escojer
otra tercera mejor,
ignorante pretensor?
no es mucho, pues indiscreto
me pierde asi el respeto,
que yo te pierda el amor.
Pon los ojos en Sirena,
necio, que yo los pondré
en quien venganza me dé
de tu desprecio y mi pena:
tu tercera hacerme ordena,
que yo te haré mí tercero,
porque por tus filos quiero
vengarme de esta manera,
para que tu honra muera
con las armas que yo muero.

ESCENA III.

LEONORA y SIRENA.

SIRENA.

Para ser vuestra escelencia
la guarda, que se ha encargado
de mí, mui poco cuidado
despierta mi dilijencia:
dos horas ha que en su ausencia
el recelo me provoca,

de que con voluntad poca,
pues que tanto se retira,
las cosas de mi honor mira.

LEONORA.

¡Ai Sirena que estoi loca!
si de pesar no rebiento,
es por ver que la esperanza,
que tengo de la venganza,
da riendas al sufrimiento:
¿Qué ofendiendo al sacramento
conyugal, busque un marido
otro amor, ya es permitido;
y que su tálamo ofenda,
aunque lo sepa y entienda
la esposa que ha aborrecido;
pero que se descomida,
y sea tal su desacato,
que para tan torpe trato
ayuda á su mujer pida?
Hoi le quitara la vida,
á no juzgar por mejor
quitalle, amiga, el honor,
en él tan mal empleado.

SIRENA.

Ocasion justa te ha dado:
mas miraraslo mejor,
que siempre el agravio saca
palabras que la ira ofrece,
y el alma noble aborrece,
aunque con ellas se aplaca.

LEONORA.

No halla mejor triaca,
marquesa, el veneno recio
de mi injuria y menosprecio;
en esto me determino,
pague asi su desaino,
un marido, que es tan necio.

Tan lejos de imajinar
está, que me agravia en esto,
que en mi interés propio ha puesto
el dar á su amor lugar:
en llegándote á gozar,
dice, que echándote fuera
del corazon, que es tu esfera,
si ahora soi aborrecida,
el alma por ti partida,
me volverá á dar entera.
Y asi que te solicite
pide, con ruegos, con trazas,
con joyas, con amenazas,
porque á su locura imite.
Si para que me ejercite
en oficio tan honrado,
nombre de esposa me ha dado
y á esto vine de Borgoña,
yo le daré la ponzoña
misma, que beber me ha dado.
Para con Dios, tanta pena
llega el hombre á merecer,
que hace agravio á su mujer,
como la esposa, Sirena.

SIRENA.

Señora mia, refrena
resolucion tan estraña.

LEONORA.

El duque me desengaña:
no hai que hablar: á ser primera
vine y no infame tercera,
desde Borgoña á Bretaña.
Goce el duque tu hermosura,
que ya en mí no hai resistencia.

SIRENA.

¿Luego con vuestra escelencia
mi honra no está segura?

¿Luego ya salió perjura
la fé, que de defender
mi fama, quiere romper?

LEONORA.

Si tu amistad no me ayuda,
como mi honor pongo en duda,
el tuyo pienso poner.
El duque, y su desatino,
mi afliccion volvió en furor,
porque del mas fino amor,
nace el odio que es mas fino:
si por aqueste camino
no me ayudas, con mi fé,
tu honor á riesgo pondré,
dando á mi enojo motivo,
pues cuando mi honor derribó
no ha de haber honor en pie.
Los ojos ha puesto en tí
el duque para cegarlos,
y yo los he puesto en Cárlos
tu primo.

SIRENA.

¿Cómo? ¡ai de mi! (Ap.)

LEONORA.

Mi desprecio vengo asi:
á amar á Cárlos me animo,
ni honra, ni vida estimo;
de su prima vengo á ser
tercera, y asi he de hacer
que lo seas de tu primo.
Héchome á solicitarte,
y que te ruegue permite,
yo haré que él le solicite
y le ruegue de mi parte.

SIRENA.

Vendrás á desenojarte,
y miráraslo mejor.

LEONORA.

Ya lo he visto, mi rigor
ha dado aquesta sentencia:
Sirena, ya no hai paciencia,
ya no hai seso, no hai honor.
Si por tí Cárlos me ama,
al duque haré tal engaño,
que resultando en su daño.
quede segura tu fama:
pero sino, de su llama
aquesta noche has de ser
materia para encender
tu afrenta.

SIRENA.

¿Qué es esto cielos? (Ap.)
entre la deshonra y celos
me habeis venido á meter:
antes que pierda el honor,
la vida el duque destroce
y antes que Leonora goce
á Cárlos, me mate amor:
no sé cual daño es menor,
dar al duque aborrecible
contento, es caso terrible
pues ser solicitadora
yo con Cárlos por Leonora,
eso no, que es imposible.
¿Qué he de hacer triste de mi?

LEONORA.

Marquesa, á Cárlos preven,
que á las dos nos está bien
vengarnos del duque asi.

SIRENA.

Disimular quiero aqui (Aparte.)
el tormento que reprimo:
tu gusto, señora estimo:
mas mira....

LEONORA.

No hai que mirar,
envia luego á llamar
Sirena, á Cárlos tu primo.
Busca amorosa elocuencia
con que persuadille puedas,
y si victoriosa quedas,
haz que venga á mi presencia.

SIRENA.

Si de dar vuecelencia
contento, segura estoi
del duque, á serville voi:
ahora Cárlos yo veré
los quilates de la fé,
que empiezo á probar desde hoi. (Vase.)

ESCENA IV.

LEONORA, sóla.

Si consiste la prudencia
en el saber elejir
medios, para conseguir
el fin de una dilijencia:
la deshonesta insolencia
del duque, cuan imprudente
es, me ha mostrado al presente
en los medios que ha buscado;
pues ellos mismos me han dado
para que su fama afrente.

ESCENA V.

LEONORA, y CARLOS.

CARLOS.

Tener en casa el sustento,
y no poderlo comer;
cofres de oro poseer,
y estar pobre el avariento:
en el rio estar sediento,
sin agua y sal en el mar,
con alas y no volar,
todo esto junto en mi pasa,
pues tengo á Sirena en casa,
y nunca la puedo hablar.

LEONORA.

¿Cárlos?

CARLOS.

¡Gran señora!

LEONORA.

¿Pues
de que venis pensativo?

CARLOS.

Disgustos son con que vivo,
despues que aqui estoi.

LEONORA.

¿Despues?
¿pues en que dama habeis puesto
el pensamiento, que necia
las muchas partes desprecia
de vuesto talle dispuesto?
¿Son desdenes? ¿llorais celos?

CARLOS.

No sé á que sabe, señora,

ese manjar hasta ahora.

LEONORA.

Mucho debeis á los cielos,
¿quereis bien?

CARLOS.

Ni bien, ni mal.

LEONORA.

Miradlo, Cárlos, mejor,
que yo sé que os tiene amor
una dama principal
de palacio.

CARLOS.

¿A mi?

LEONORA.

Y por veros
en donde estorbos no hubiera,
no sé si la vida diera,
que sustenta con quereros.

CARLOS.

¿Si le ha contado Sirena
á Leonora nuestro amor? (Aparte).
pero no hará tal error,
pues no me ha puesto otra pena,
sino el silencio discreto,
despues que con ella trato.

LEONORA.

Si dais lugar al recato,
y no ofendeis al secreto.
A un duque, Cárlos, sé yó
que esta dama desestima
por vuestra causa.

CARLOS.

Mi prima, (Ap.)
cuenta de todo la dió.
No hai mas, el deseo de hallar

traza de verme, y hablarme,
pudo solo por amarme
peligros atropellar;
y porqué esté la duquesa
segura de los desvelos
que el duque ha dado á sus celos
con este medio interesa
su amistad é intercesion,
para que pueda segura
hablarme; ¡estraña cordura!
¡peregrina discrecion!

LEONORA.

Entrado habeis en consejo
con vos mismo, y sois prudente,
que en peligro tan urjente
no es mucho que esteis perplejo.
Mas pues que yo os aseguro,
no creo que hará el temor
agravio á mi mucho amor.

CARLOS.

Aunque es el enigma oscuro,
no tanto, que de el no entienda
cuan favorecido quedo
de vuecelencia, ni puedo,
ni es prudencia, que pretenda
agradecer con razones
el bien que de vos consigo,
solo, gran señora, digo
que tantas obligaciones
pienso pagar, con quedar
por vuestro cautivo y preso,
y en señal, la mano os beso.

LEONORA.

Poco hubo que negociar.
La materia hallé dispuesta,
Cárlos, que dudaba en vos.

CARLOS.

Ya ha un año, y vá por dos,
que el amor que os manifiesta
mi pecho, tuve encubierto.

LEONORA.

¿Pues de un año, ya habla amor?

CARLOS.

Tuve del duque temor.

LEONORA.

Castigad su desconcierto,
y entrad vos en su lugar:
lo que vuestra prima bella
os dijere, haced; con ella
podeis sin temor hablar.
Seguid las trazas que os diere,
que yo os facilitaré
estorbos, y dispondré
todo lo que ella os dijere.
Pues con tal intercesora,
sin peligro de mudanza
dareis del duque venganza,
á una mujer que os adora. (Vase.)

ESCENA VI.

CARLOS, solo.

Llegó mi dicha á su estremo,
Sirena, si para hablarte,
Leonora está de mi parte,
¿que hai que dudar, ó que temo?
afuera celosa pena,
no pongais mi dicha en duda,
pues la duquesa me ayuda,
y es tan constante Sirena.

ESCENA VII.

FILIPO y FLORO.

FILIPO.

No ha de quedar dilijencia
que no intente hasta vencer
la espantosa resistencia,
Floro, que en esta mûjer
martiriza mi paciencia.
La duquesa, persuadida
de mis ruegos y desvelos,
de sus agravios se olvida,
y anteponiendo á sus celos
el remedio de mi vida
me promete hacerse guerra
á si misma, por templar
el fuego qne en mi se encierra,
y persuadilla, hasta dar
con su fortaleza en tierra.
Para que el estremo llegue
siempre mi vivo cuidado,
y mi tormento sosiegue,
que me llamen he mandado
á Cárlos porque la ruegue
solicite y persuada,
que aunque forzalla pudiera,
nunca la fruta alcanzada
por fuerza, de ella se espera
lo que estando sasonada:
Con sazon quiero cojella.

FLORO.

Si en el consejo de estado
de amor, donde se atropella
la razon, salió letrado,
por no rejirse por ella,

si admitieras parecceres,
uno pudiera yo darte
saludable, si es que quieres,
gran señor, no despeñarte.

FILIPO.

Tal puede ser el que dieres,
que le estime, sino es
divertirme de Sirena.

FLORO.

No gran señor.

FILIPO.

Dile pues.

FLORO.

Edifica sobre arena,
y todo ha sido al revés
cuanto hasta este punto has hecho:
un filósofo enseñaba
su facultad, satisfecho
que por sus letras ganaba
juntamente honra, y provecho.
Al que estudiado no habia,
con un precio moderado
á su escuela le admitia:
pero el que estaba enseñado,
y algunas letras tenia,
dos precios habia de darle,
si su oyente habia de ser;
uno por desenseñarle,
que sobre ajeno saber,
no queria leccion darle;
y otro por volver de nuevo
á hacelle en su escuela sabio.
Yo, que ésta opinion apruebo
si no lo juzgas agravio
á cumplir tu amor me atrevo;
pero con tal condicion,
que deshagas cuanto has hecho

en tu ciega pretension,
pues no será de provecho
de otra suerte la leccion.
Ya que el principio lo erraste,
pues sin curar dentro el mal,
con Leonora te casaste,
siendo Sirena tu igual,
y asi imposibilitaste
el alcanzalla mejor;
y remediarse no puede
tan desenfrenado ardor:
porque incurable no quede
de todo punto tu amor,
has de deshacer ahora
el disparate que has hecho,
pues viendo lo que te adora,
quieres que ablande su pecho
la duquesa mi señora,
que por mas que te parece,
que terciar tu amor intenta,
ó este agravio la enloquece,
ó sino siente esta afrenta;
la duquesa te aborrece,
y será cosa pesada
cualquiera de estas, señor,
que en la mujer injuriada,
nunca hai venganza mayor,
como la disimulada.
No has de provocar tampoco,
que sea Cárlos tu tercero,
por los peligros que toco,
que es Cárlos mui caballero,
y si le tienes en poco,
como el honor de su prima
por tantas partes le alcanza,
si aqueste agravio le anima,
podrá ser que á la venganza
le fuerce tu desestima.

Sirena es, señor, mujer,
como tal ha de acudir
al natural de su ser,
lo que mas suelen sentir,
es el verse aborrecer
de quien las quiso primero,
finje que la has olvidado,
no la mires lisonjero,
pregúntala descuidado,
y respóndela severo.
Cuando la hables, bosteza,
si cuidadosa te mira,
vuelve á un lado la cabeza,
de en cuando en cuando suspira,
muestra, hablándola, tristeza,
ponte en parte que te vea
celebrar algun papel
á solas, y aquesto sea
finjiendo la letra en él,
y porque despues le lea;
haz al sacar el pañuelo
despues que hayas aguardado,
que te se cae en el suelo:
escribe en él, el cuidado
de una dama con recelo,
de que á Sirena procuras,
y en su amor te desvaneces,
y por mas que la aseguras
lo mucho que la aborreces,
que mientes en cuanto juras.
Verás, aunque el corazon
tenga como el bronce recio,
que vale en esta ocasion.
mas una hora de desprecio,
que en un año de pretension.

FILIPO.

Como médico de aldea

comunes recetas das,
en bárbaros las emplea,
que en la corte no hallarás
quien las admita, ni crea:
los medios que yo he escojido,
me darán por fuerza, ó grado
el gusto que no he adquirido,
que el trabajo que he pasado,
no lo he de dejar perdido:
estudia un consejo nuevo,
y dejame hacer á mí,
que el camino sé que llevo.

FLORO.

La duquesa viene aqui.

FILIPO.

Vete pues Floro.

FLORO.

No apruebo
por mas que te determines
tan peligroso remedio.

FILIPO.

No importa que eso imajines.

FLORO.

Malos principios y medios
nunca alcanzan buenos fines. (Vas

ESCENA VIII.

FILIPO y LEONORA.

LEONORA.

Duque, la mayor hazaña
que han visto jamas los cielos,
tiene hoi de honrarme en Bretaña,
contra el rigor de mis celos:

el amor que me acompaña,
y te tengo me ha podido
persuadir que hable á Sirena.
Con lágrimas la he pedido
que dando alivio á tu pena,
la esperanza que he perdido,
y me robó su beldad,
me la procure volver,
que quiero, aunque es necedad,
verte mas en su poder;
que verte sin voluntad,
he dicho que si á tu pena
una vez alivio dá,
y sus desdenes refrena,
segura se casará
con el duque de Lorena,
á quien por tí la prometo
que goce tu amor prestado,
pues lo sufro, y en efeto
que ponga su honra y cuidado
en las manos del secreto.
¿Puedo hacer mas?

FILIPO.

No te quiero
hacer ecsajeraciones,
porque pagar presto espero,
mi bien, tus obligaciones,
no partido, sino entero.
¿Mas qué responde?

LEONORA.

No hai cosa
que á los principios no sea,
Filipo, dificultosa:
cuando la hablo colorea
entre airada y vergonzosa.

FILIPO.

Reina ahora la vergüenza,

y el temor que de ella nace.

LEONORA.

Yo haré que tu amor la venza,
porque ya sabes que hace
la mitad el que comienza,
una cosa solamente,
falta, duque, por arrimo
de la conquista presente,
y es obligar á su primo
que el persuadilla un pariente,
á quien parte del honor,
y de su deshonra cabe,
hace el peligro menor.

FILIPO.

Tu injenio mi dicha alabe,
tu lealtad, tu firme amor.
¿No es bueno que habia enviado
con aquese fin por él?

LEONORA.

Carlos es noble y honrado,
no te declares con él,
por si acaso alborotado
llega á perderte el respeto:
yo lo dispondré mejor,
que soi mujer en efeto,
encúbrele de tu amor,
el pensamiento secreto,
y dile que si desea
servirte y tenerte grato,
con mas frecuencia me vea,
y con prudencia y recato,
cuanto le dijere crea;
porque en darme gusto á mí,
estriba todo tu gusto.

FILIPO.

Dices bien: yo lo haré así,

LEONORA.

Y yo con castigo justo. (Ap.)
me pienso vengar de tí,
haciéndote mi tercero,
pues que tu tercera me haces.

FILIPO.

Si á Sirena por tí adquiero,
despues con eternas paces,
servirte, Leonora, espero.

LEONORA.

Carlos viene, el declararte
escusa con él, y dí,
que el servirme es agradarte:
¿enviarásle luego?

FILIPO.

Si,
luego, duquesa, irá á hablarte.

ESCENA IX.

FILIPO y CARLOS.

CARLOS.

¿Qué manda vuestra escelencia?

FILIPO.

La baronía de Flor
está baca, y el valor,
Carlos, de vuestra presencia,
por dueño os ha de tener.
Baron de Flor sois desde hoi.

CARLOS.

Tu esclavo, si, aquesto soi.

FILIPO.

Dicen que llega á valer
seis mil ducados de renta,

mas yo prometo aumentarlos
con otras mercedes, Carlos,
que os tengo mui por mi cuenta.

CARLOS.

Ya deseo que se ofreza
ocasion en que poder,
con algun servicio hacer,
que tanta merced merezca.

FILIPO.

La que entre manos traeis,
os le puede bien cumplir,
si me deseais servir,
segun me lo prometeis.

CARLOS.

¿Mas que es la merced tan cara (Ap
que quiere que intercesor
con mi esposa sea en su amor?
moriré si se declara:
dígame vuestra escelencia,
¿de mí en qué se servirá?

FILIPO.

La duquesa os lo dirá:
id, Carlos, á su presencia.
Haced lo que ella os mandare,
dadle gusto vos, que así
me tendreis contento á mí,
y advertid que no repare
en peligros de honra ó fama
vuestro recelo, que á todo
por libraros me acomodo.
Andad, que Leonora os llama.,

CARLOS.

Declaraos mas, gran señor,
mirad que confuso quedo.

FILIPO.

Carlos amigo, no puedo,

ella os lo dirá mejor.
Haced dilijente vos,
lo que os pide y aconseja,
y advertid que si se queja,
hemos de reñir los dos.

ESCENA X.

CARLOS, solo.

¡Hai confusion mas estraña!
¿la duquesa no me anima
para que sirva á mi prima?
¿no ha que el duque de Bretaña
sin seso por ella anda
dos años? ¿pues como ahora
me pide que hable á Leonora,
y cumpla lo que me manda?
Ella manda que á Sirena
sirva, y me promete dar,
para gozalla lugar:
el duque tambien ordena
que obedezca á la duquesa:
¿Si el obedecer me está
tan bien, que pena me dá?
¿qué temo? ¿de qué me pesa?
Pues con el Duque y Leonora
cumplo con mi amor ardiente,
digo que soi obediente,
mas que un fraile desde ahora.

ESCENA XI.

CARLOS, y SIRENA.

SIRENA.

Por muchos años y buenos,
aunque sea á costa mia,
se emplee vueseñoría,
en pensamientos ajenos;
que por lo bien que le está,
una tercera tendrá,
en mí con obligacion.
Aunque lo sienta, y me pese,
de acudir desde este dia,
á su gusto.

CARLOS.

Esposa mia,
¿qué modo de hablar es ese?

ESCENA XII.

CARLOS, SIRENA y un paje.

PAJE.

A vueseñoría espera,
la duquesa.

SIRENA.

¿A mí? ya voi.

CARLOS.

¿Qué es esto prima?

SIRENA.

No soi
prima ya, sino tercera. (Vanse).

ESCENA XIII.

CARLOS, solo.

¿Tercera? ¿cómo ó de quien?
Cielos añadid eslavones
de enredos y confusiones,
para que muerte me den.
¿En qué encantamento estoí?
¡valgame Dios! ¿sí he perdido
con la ventura el sentido?
¿qué hechizos me espantan hoi?
Leonora ayudarme ordena:
el mismo duque me obliga,
á que la aborrezca y siga,
yo adoro solo á Sirena,
y cuando mi amor espera
gozalla, y su esposo soi,
se vá, y me dice: no soi
prima, ya, sino tercera.
¡Ha Corte llena de encantos!
líbreme el cielo de tí.

ESCENA XIV.

CARLOS y un PAJE.

PAJE.

El Duque os llama.

CARLOS.

¿A mi?

PAJE.

Si.

CARLOS.

Despertarme Cielos santos.

PAJE.

Mudad vestido que quiere
salir con vos á rondar.

CARLOS.

Si se llega á declarar
y á mi confusion luz diere,
yo escribiré esta quimera.

PAJE.

¿Venis?

CARLOS.

A vestirme voi,
¿qué me dijese no soi
prima ya, sino tercera?

ESCENA XV.

DECORACION DE PLAZA:
en el fondo se vé el palacio Ducal con balcones practicables. En el balcon del centro LEONORA y SIRENA.

LEONORA.

Digo pues Sirena amiga
que cuando á Cárlos hablé
y le conté mi fatiga,
tan de mi parte le hallé
que no sé como te diga
el gozo que recibió,
cuan pocos estorbos puso,
ni de oirme se alteró,
ni me respondió confuso,
ni al rostro el color mudó;
antes alegre y humano
mi dicha hizo manifiesta,
pues de puro cortesano

en lugar de la respuesta
los labios puso en mi mano.

SIRENA.

¿Pues tan presto gran señora?
mira que es Cárlos discreto.

LEONORA.

Marquesa, Cárlos me adora,
el temor tuvo secreto
lo que manifestó ahora.
Un año, y va para dos
ha que se muere por mí.

SIRENA.

Para uno sois los dos:
que no me arroje de aqui? (Ap.)
¿el firme Cárlos sois vos?
En tierra á la primer prueba
si una mujer se mudara
que en si la inconstancia lleva,
que tantas veces en casa
la dieran todos con Eva.
¡Ai hombres, hombres!

LEONORA

Parece
que de mi bien te ha pesado;
pues mi dicha te enmudece.

SIRENA.

Tieneme puesta en cuidado
el peligro á que se ofrece,
si á sabello el duque alcanza,
mi primo.

LEONORA.

Amor es discreto
industriosa la venganza,
y en las manos del secreto
no hai recelos de mudanza.
Para esto te he menester,
no para que á Cárlos hables.

SIRENA.

¿Frajil llamais nuestro ser, (A
hombres, y en el ser mudables
sois menos que una mujer?

LEONORA.

Sabes lo que he colejido
del pesar que has enseñado
á la suerte que he tenido,
que si á Cárlos he llamado,
debe de ser tu escojido.
¿Bien le quieres?

SIRENA.

Si te engaña
tu sospechosa quimera
cree, que no soi tan estraña
si amara, que no quisiera
ser duquesa de Bretaña,
mas que ser dama de Cárlos.

LEONORA.

No sé, de celos me muero.

SIRENA.

Y yo no puedo ocultarlos.

LEONORA

Jente ha venido al terrero:
mas yo vendré á averiguarlos.

ESCENA XVI.

FILIPO, CARLOS, LEONORA y SIRENA que ent
y salen al balcon durante esta escena: el tea
está á oscuras.

FILIPO.

Traidor no busques rodeos,
que ya conozco la causa
porque tanto dificultas

lo que mis penas te mandan.
Por mas qne encubrirte pienses
la turbacion con que hablas,
me enseña por el aliento
las traiciones de tu alma:
no es la honra de Sirena
la que recelas y guardas;
sino el tenerla en mi agravio
mas que prima, por tu dama.

CARLOS.

Gran señor, sosiegate,
y con la cólera envaina
el enojo, que te incita
sin razon á la venganza.
¿Qué has visto en mí que te obligue
y que á creer te persuada
haciéndote competencia
que á mi prima adora mi alma?
¿asi se encubre el amor
que en ser niño nunca calla,
y en ser fuego, manifiesta
donde vive en humo y llamas?
No me tengas por tan vil,
que si yo á Sirena amara
aunque tu vasallo soi,
sufriera que la sacaras
de Belvalle, y la trujeras
á tu corte, y á tu casa
donde creciendo mis celos,
mis tormentos aumentaras,
que yo sienta, siendo noble,
que tercero vil me hagas
de quien por ser prima mia,
me ha de caber de su infamia
tanta parte; no te espantes,
pues sabes lo que Bretaña
me estima, y que soi tu deudo
de lo mejor de Francia.

FILIPO.

¿Pues qué afrenta se te sigue
de que cumpla mi esperanza
tu prima, y la goce yo,
si cuando me satisfaga
dando á Leonora la muerte,
la has de ver entronizada
sobre mi silla ducal?

CARLOS.

Hablar siento en las ventanas.
Mira gran señor, que piden
mas recato esas palabras.

FILIPO.

¿Quién puede ser?

CARLOS.

Fácilmente
lo sabrás si oyendo callas.

SIRENA.

Mal sabes quien es Sirena,
ni he dado, ni daré entrada
en mi vida, á amores locos
sin obras y con palabras.

FILIPO.

¿No es tu prima?

CARLOS.

Ella parece.

FILIPO.

Cárlos, disculpas no bastan,
á asegurarme de tí,
si pretendes confirmarlas,
habla con Sirena ahora;
finje que no te acompaña
ninguno, y colejiran
mis celos de tus palabras
si la pretendes, ó no:
la oscuridad nos ampara,

para que verme no pueda;
asi sabré si me engañas.

CARLOS.

¿Qué la tengo de decir?

FILIPO.

Desdenes, desconfianzas,
celos aborrecimientos,
con que la provoques, y hagas
que te responda, veré
mis sospechas confirmadas,
ó mas firme tu lealtad.

CARLOS.

¡Hai confusion mas estraña! (Ap.)
De esta vez mi poca dicha
dándome la muerte, saca,
año y medio de secreto,
para avergonzarme, á plaza,
¡ó peligros del honor!

FILIPO.

¿No llegas? ¿qué te acobardas?

CARLOS.

Lo que he de decir prevengo,
¡ha del balcon!

SIRENA.

¿Quién llama?

CARLOS.

Cárlos soi.

LEONORA.

Oye marquesa,
de los celos que me causas,
has de asegurarme ahora;
no digas que á la ventana
estoi contigo.

SIRENA.

¿Pues qué?

LEONORA.

Finje que porque me ama
y en mis memorias se ocupa,
pierdes el seso, y te abrasas.
Pídele celos de mí.

SIRENA.

No le pediré sin causa.

LEONORA.

¿Qué dices?

SIRENA.

Que por servirte,
quiero hacer lo que me mandas
¡ha Cárlos! ¡rondando vos!
¿teneis en palacio dama?
¿no os dejan dormir sospechas?
¿llorais desden, ó mudanzas?

CARLOS.

¿Quién os mete á vos en eso?

SIRENA.

¿Ser vuestra prima no basta,
para correr por mi cuenta
vuestras dichas, ó desgracias?

CARLOS.

¿Pues qué? ¿es pedirme eso celos?

SIRENA.

¿Fuera mucho?

CARLOS.

¿Si me cansa
vuestra memoria de suerte,
que no hai cosa mas contraria
para mi gusto, que oiros,
porque con vuestras palabras
aguais de mis pensamientos
pretensiones, y esperanzas?
¿Eos querido yo jamas?

SIRENA.

¿A que propósito y causa
eslaboneis disparates?
¿pidoos yo cuenta tan larga?
¿Eos rogado que me ameis
alguna vez? ¿qué embajadas
de mi parte os solicitan?
¿qué papeles os enfadan?
¿qué prendas mias adornan
en público vuestras galas,
y en secreto vuestros gustos?
si burlando os preguntaba
por la dama que os desvela,
buen provecho, primo, os haga,
desde aqui por no enfadaros,
juro, no hablaros palabra,
ni veros.

CARLOS.

¿Estás contento? (Al duque).

SIRENA.

¿Vives ya desengañada? (A Leonora).

FILIPO.

Cárlos prosigue tu tema
que me enamora la gracia,
de aquellos dulces desdenes.

LEONORA.

Sirena, presto te cansas,
de asegurar el amor,
y fé que Cárlos me guarda,
cuando por mi te desprecia,
muestra que estás enojada,
pídele celos por mi,
y entretengan mi esperanza,
estas burlas.

SIRENA.

Estas veras (Aparte.)

dirás mejor, pues me matan.

FILIPO.

Veamos como te airas,
Cárlos, enojala, acaba.

CARLOS.

¡Qué á esto el duque me fuerce! (Ap.)
¡ai Sirena de mi alma
cual debes de estar conmigo!

FILIPO.

¿Qué esperas Cárlos?

CARLOS.

Mi dama
por vos, Sirena, me mira
sospechosa, y agraviada;
celos tiene de que os quiero,
dos dias ha que no me habla
por verme con vos hablar,
¿y sin el sol de su cara,
que he de hacer? á mi me importa
la vida, el asegurarla,
aunque sea á costa vuestra,
y pues os vá poco, ó nada,
ni me hableis, ni me mireis,
antes cuando entrare en casa
del duque, si os encontrare
echad vos por otra sala.

LEONORA.

Mis celos ha penetrado (Aparte).
para asegurar mis ansias
menos precia á la marquesa:
¡ó amor, discreto! ¿qué os falta?

CARLOS.

Esto, Sirena, os suplico.

SIRENA.

Eso mismo imajinaba
pediros, Cárlos, yo á vos.

que de resistir cansada
pretensiones de dos años,
ha podido la constancia
de un amante, á quien ya quiero
en mi pecho encender brasas.
De vos está receloso,
contandoos los pasos anda,
puede mucho, y haraos mal
si hablando conmigo os halla;
no alceis los ojos á verme.

CARLOS.

¿Cómo? ai cielos, si eso pasa, (Aparte).
y el duque mi honor usurpa,
¿como no tomo venganza
de mi mismo? mas diralo
celosa de mis palabras.

FILIPO.

Cárlos, si mis dichas oyes,
llega á abrazarme, ¿qué aguardas?
Pídeme largas albrícias,
¿no ves como se declara
en mi favor la marquesa?
¡Ó venturosa mudanza!
¡Ó averiguacion discreta!
¡Ó firmeza bien empleada!

CARLOS.

Pues de finjir desatinos
tanto interés tu amor saca;
finjirme celoso quiero,
veamos en lo que para
tanta quimera.

FILIPO.

Bien dices.

CÁRLOS

Hablemos verdades alma, (Aparte).
aunque la vida nos cueste,

á luz mis desdichas salgan ,
rompa mi agravio el silencio,
mudo fui dos años, basta.
Con que pequeña ocasion
me das á entender ingrata ,
que eres mujer , y que es fuerza
pagar pecho á la mudanza.
Ya yo sé que al duque quieres
que á no amalle, no bastaran
para traerte á su corte
persuaciones, ni amenazas.
Goza en mi agravio , y tu afrenta
su amor mudable , y tu infamia;
que para no vella yo,
muerte me dará esta daga. (*).

FILIPO.

Cárlos, para burlas sobran ,
¿estás loco ?

CARLOS.

¿Pues pensabas
que me mataba de veras?

FILIPO.

Es de suerte la eficacia
con que celoso te finjes,
que por instantes me engañas.

CARLOS.

Todo es de burlas ¡ ai cielo ! (Aparte).
¿Si de veras me matara ?

LEONORA.

¿No ves que celos te pide ?
luego mis sospechas claras
desengaños averiguan:
¿qué es ésto Sirena?

(*) Vase á dar con la daga y le detiene el brazo Fiiipo.

SIRENA.

Calla,
que lo dice porque teme,
siendo de mi sangre y casa,
que con los demas le injurie:
porque veas si te ama,
de ti le he de pedir celos;
Cárlos, si ahora me mandas,
que ni te hable, ni vea,
y está celosa tu dama,
¿por qué me injurias asi?
¿por qué mudable me llamas?
como primo te he querido
nunca ha pasado la raya
del parentesco, mi amor,
que ya ves si la pasara
los celos que te pidiera
de la duquesa á quien hablas,
á costa de la lealtad,
que al duque tu amor quebranta.

FILIPO.

¡Cómo es esto!

CARLOS.

El verme hablar
con lá duquesa, á quien mandas,
que á menudo sirva, y vea,
la ha dado, gran señor, causa.
para pensar tal malicia.

FILIPO.

Es díscreta, no me espanta,
que hai ocasion de creerlo,
no se te dé, Cárlos, nada.

SIRENA.

Si afrento, porque amo al duque,
tu linaje, y mi prosapia,
por eso le honrara mucho

la lealtad que al duque guardas,
vaiase uno por otro:
si quieres que calle, calla,
y á Dios, que siento ruido.

LEONORA.

¿Adonde vas?

SIRENA.

No sé.

LEONORA.

Aguarda.

SIRENA.

No puedo. (Vase.)

LEONORA.

Confusa voi.
y entre temor y esperanza,
no sé si Cárlos me burla:
mas yo lo sabré mañana. (Vase.)

ESCENA XVII.

FILIPO y CARLOS.

CARLOS.

Ya Sirena se entró dentro.

FILIPO.

Y tu Cárlos en el alma
te has entrado de manera,
que llegará tu privanza
hasta igualarte con migo.
Marques eres de Anguiana.

CARLOS.

Gran señor.

FILIPO.

No hai para que
me des por aquesto gracias,

mucho á la duquesa devo,
ve á menudo á visitarla,
que de su gusto depende
mi dicha.

CARLOS.

¡Ciegas marañas,
vosotras me matareis!

FILIPO.

¡Ai mi Sirena!

CARLOS.

¡Ingrata!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

SALON DEL PALACIO DUCAL.

ESCENA I.

CARLOS y LEONORA.

LEONORA.

Cárlos, ni sois obediente
á lo que el duque os encarga,
ni con dilacion tan larga
dais muestra de dilijente.
Dos dias ha que me jurais,
que teneis amor, á quien
os dije, que os quiere bien,
y tan poco lo mostrais,
que cuando os allano el paso,
respondiendo mal, y tarde,
ó dais muestras de cobarde,
ó haceis de mi poco caso.

CARLOS.

Hai tantas contradiciones,
señora, en lo que mandais,
que aunque estorbos allanais,
y dais lugar á ocasiones,
no me puedo persuadir,
que es seguro aqueste amor,

LEONORA.

No hai, Carlos, sordo peor,
que aquel que no quiere oir,

CARLOS.

Vuecelencia me ha mandado,
que halle á Sirena.

LEONORA.

¿Pues?

CARLOS.

y para gozar despues
esta ocasion sin cuidado,
dice, que tome á su cargo
por mas que el duque se ofenda,
que no lo sepa, ni entienda.

LEONORA.

De todo aqueso me encargo:
¿qué hai de dificultad
en eso, que os dá cuidado?

CARLOS.

Mucho: el duque me ha mandado
que de vuestra voluntad
no salga un punto, si intento
privar con él, como veis,
porque de que vos lo esteis
pende el estar él contento.
Si el duque asi se enloquece
por Sirena, y cada hora
la sirve mas, y enamora,
¿porqué, pues, se compadece
y amándola me manda á mi
venga á vos y me digais
ejecute, si gustais,
viviendo Sirena aqui,
que la hable, y que la goce?

LEONORA.

¿Cómo?

CARLOS.

¿No me dais promesa
de hacer como á la marquesa,

que este favor reconoce,
alcance, por mas que intente
mi dicha el duque estorbar,
dándome industria, y lugar
para la merced presente?

LEONORA.

¿Qué á Sirena alcanceis vos
os tengo yo prometido?

CARLOS.

Como la corte es olvido
no me espantaré por Dios,
que lo que ahora dijisteis
lo hayais olvidado yá.

LEONORA.

¡Medrado mi amor está!
lindamente me entendisteis,
¿segun eso de Sirena
ha un año, que sois amante?

CARLOS.

¿Qué mudanza en un instante
mis dichas hoi desordena?

LEONORA.

¿Y que por cierto tuvisteis,
que yo, Carlos, os servia
con Sirena, de tercera?

CARLOS.

¿Vos no me lo prometisteis?

LEONORA.

Algun planeta tercero
me debe de ser propicio,
pues me da el duque ese oficio,
y de vos tambien le adquiero.
A amaros me habian movido
celos del duque, importunos,
y por huir de los unos
en los otros he caido.

Pero porque no alegueis,
Cárlos, desde hoi ignorancia,
y para ejemplo de Francia,
pues os ofende, os vengueis
del duque, cuya locura
á persuadirme le obliga,
que á Sirena su amor diga,
y conquista su hermosura.
Los ojos he puesto en vos,
y la voluntad tambien,
vengarnos nos está bien,
pues nos ofende á los dos,
del duque, que de Sirena
ya he venido á persuadirme,
que no es tan constante, y firme
como en Bretaña se suena;
Pues á no estorballo yo,
ya el duque rendido hubiera
diamantes de acero, en cera,
que el tiempo en oro ablandó.

CARLOS.

Eso, anoche á una ventana (Aparte.)
siendo testigos los cielos,
lo oyeron mis justos celos,
¡há Sirena al fin liviana!

LEONORA.

Procurad corresponder
conforme mi voluntad,
y escusa la enemistad
de una celosa mujer
que su amor os manifiesta,
porque al duque le diré
lo que de Sirena sé,
si me dais mala respuesta.

CARLOS.

A tanta desenvoltura,
delito es el responder,

¡ha Sirena, al fin mujer!
sol de enero, que no dura. (Vase.)

ESCENA II.

LEONORA, sola.

Sin responderme se ha ido;
pero no hai de que espantar,
que hai mucho que consultar
y vá de celos perdido
á hacer el efecto en él,
que en mi los del duque han hecho
mi amor veré satisfecho,
y mi venganza cruel.
No pienso yo que osará
decir al duque, si es sabio,
que por vengarme, le agravio,
porque satisfecho está,
si le declaro ofendida,
que en su competencia llama
á Sirena prima y dama,
lo que peligra su vida.

ESCENA III.

LEONORA y SIRENA.

SIRENA.

No quepo en toda la casa,
mas si los celos son fuego,
¿como ha de tener sosiego
quien entre celos se abrasa?
¿Carlos tiene atrevimiento
de decirme á mi en la cara,
que hai en casa quien repara

el gusto que en velle siento?
¿Carlos vuelve el paso atras,
que mi amor llevó adelante?
¿Carlos me dice inconstante,
que no me ha amado jamás?
Obligaciones olvida:
¿Carlos mudable y cruel,
que cuando me encuentre con él
que no le mire ni pida,
que eche por otra sala,
porque hai quien le pida celos?
¿Así paga Carlos, cielos,
á quien no solo le iguala,
sino á un duque le antepone,
que quiso duquesa hacerme?
¿Carlos se atreve á ofenderme?
el seso y vida perdone,
pues razon es que le pierda,
que no es mujer de valor,
la que perdiendo el honor,
queda viva, ó queda cuerda.

LEONORA.

¿Qué cara es esa, Sirena?
mala estais.

SIRENA.

Habrá ocasion,
porque la indisposicion
no sabe hacer cara buena.

LEONORA.

Ayer estabades sana,
y hoi teneis color mortal:
¿mas qué os hizo anoche mal
el sereno á la ventana?

SIRENA.

Bien puede ser: no lo sé.

LEONORA.

Si tan indispuesta andais,

¿por qué causa madrugais?

SIRENA.

Por morir, señora, en pié.

LEONORA.

¿Morir? no tanto como eso,
celos serán que de quien ama,
nunca hacen los celos cama,
que tienen humor travieso.

SIRENA.

¿Yo celos?

LEONORA.

A lo que escucho,
pues madrugais, no son vanos,
lo que tienen de villanos
los hace madrugar mucho.
Mas como en la facultad
de amor vais tan adelante,
madrugais como estudiante.

SIRENA.

Señora, ¿qué novedad
de hablar es esa? reprima
vuecelencia.

LEONORA.

No me engañó,
Carlos; dice que ha ya un año
que os lee cátedra de prima,
y goza la propiedad,
como es primo, y le quereis,
primojénito le haceis,
marquesa, en la voluntad.
Celosa estoi, que aunque jura
no hablaros por mi ocasion,
si es de un año el aficion,
difícil será la cura:
y de vos estoi quejosa,
pues no osandoos declarar

conmigo, distes lugar
á mi pasion amorosa.
Amad al duque, Sirena,
y no deis á una pasion,
con sospechas, ocasion,
si la lengua desenfrena,
que se diga lo que pasa:
esta noche os ha de hablar,
todos suelen imitar
á su dueño en una casa,
yo imito al duque en los modos
de su loco frenesí,
imitadme vos á mí,
y desquitémonos todos.

SIRENA.

Perdóneme vuecelencia,
que no puedo responder.
Hoi, Carlos, tienes de ver (Ap.)
de mi agravio la esperiencia,
de mi desesperacion,
de la lealtad que has quebrado
de un secreto mal guardado,
y una rota obligacion. (Vase).

ESCENA IV.

LEONORA, sola.

Es reloj la voluntad,
desconcertada una rueda,
no hai quien concertalle pueda,
si no es con dificultad.
la rueda han desconcertado
los celos que amor labró,
y pues no tengo orden yo,
nada ha de andar ordenado.

ESCENA V.

LEONORA y FILIPO.

FILIPO.

Duquesa, si verme sano,
porque os adore, quereis,
¿cómo en mi cura poneis,
tan tibiamente la mano?
Porque la vais alargando,
pues cuanto fuere mas corta,
mas, mi Leonora, os importa.

LEONORA.

De vicio os venís quejando,
¿tan mala noche tuvistes
la pasáda en el terrero,
donde á unas rejas de acero,
de cera un diamante vistes,
que del médico dais quejas?
Dilijencias mias fueron
las que favor os hicieron,
no la noche ni las rejas.

FILIPO.

¿Luego ya os contó Sirena
lo que con ella pasé?

LEONORA.

Si industriada de mi fué,
¿qué mucho?

FILIPO.

Cesó mi pena,
¿estábades vos alli?

LEONORA.

¿A qué propósito?

FILIPO.

Debo
mucho á Carlos, mas no es nuevo
servirme Carlos así.

LEONORA,

Antes le debeis tan poco,
que si algun estorbo impide,
y su rigor no divide
Sirena, y no os trae loco,
es Carlos, que por no hacer
lo que le mandais, no hace
mi gusto.

FILIPO.

¿ Pues de qué nace
su rebelde proceder?

LEONORA.

De que vos no le mandais
con eficacia que acuda
sin poner estorbo ó duda,
á servirme, si gustais
ver este imposible llano,
mandádselo con rigor.

FILIPO.

Esto será lo mejor,
háralo como villano:
por fuerza, pues no lo hace
por bien, como bien nacido:
llamadle.

LEONORA.

Él mismo ha venido;
voime.

FILIPO.

Si no satisface
á vuestro gusto, desde hoi,
satisfará mi venganza.

LEONORA.

Del estriba la esperanza
que de la marquesa os doi. (Vase).

ESCENA VI.

FILIPO y CARLOS.

CARLOS.

Porque el fuego no me ahogue (Ap.)
del veneno que provoco,
no oso parar, como el loco,
como el que ha tomado azogue,
como el bruto que ha perdido
los hijos, como el que pasa
por un monte que se abrasa,
como el ladron que anda huido:
así me traen mis desvelos,
pero ¿qué mucho? si son
veneno, azogue y ladron
los infiernos de mis celos.

FILÍPO.

No es posible que en tus venas
sangre noble se reparte,
sino que por deshonrarte,
estan de villana llenas.
No es posible que tu madre
con liviano desvarío,
por no hacerte deudo mio,
no hizo agravio á tu padre:
vete villano de aqui,
sal de mi corte.

CARLOS.

Señor.

FILÍPO.

Buen pago das á mi amor,
y al caso que hice de tí,
Vete ó sino....

CARLOS.

¿pues qué he hecho
para indignarte conmigo?

FILIPO.

No por lo hecho te castigo,
sino por lo que has deshecho.
Leonora se me ha quejado,
y con sentimiento justo
que no acudes á su gusto
como yo te lo he mandado.
Cuando en su presencia estas
te enfadas, y cuando llega,
y alguna cosa te ruega
sin resdondella te vas.
Bien tu lealtad solicito,
bien en agradarme entiendes.

CARLOS.

Bueno es que me reprehendes (Ap.)
porque el honor no te quito.
¡Ha mujeres, monstruos fieros!
¿con que traicion no saldreis,
si aun los maridos haceis,
de vuestro gusto terceros?
Estoi por decilio todo.

FILIPO.

Maquina entre ti villano
disculpas, piensa aunque en vano,
para engañarme, algun modo
que mientras no satisfagas
á Leonora, no hai pensar
que me has de desenojar,
por dilijencias que hagas.
¿Callas?

CARLOS.

Digo que me pesa
que de mi quejas te den,

mas no te está, señor, bien,
que yo sirva á la duquesa.

FILIPO.

¿ Porqué villano?

CARLOS.

Tu honor....

FILIPO.

No le pierdo en que á Leonora
nombre por intercesora,
ni en eso me hables traidor.
Sirena es esta, si intentas
tus culpas satisfacer,
delante de mi has de hacer
lo que en mi ausencia violentas.
Dila que esta noche quiero,
si darme gusto la agrada
cumplir lo que la pasada
significó en el terrero,
y cuando rebelde esté,
dí que te importa la vida
el serme hoi agredecida,
conjúrala, enójate,
que si como anoche oí
mi amor le causa cuidado,
y hoi de opinion ha mudado
te he de echar la culpa á tí:

CÁRLOS.

Si asi quedas satisfecho,
digo mil veces, señor,
que la hablaré: ¡ai ciego amor, (Ap.)
que de injurias que me has hecho!

ESCENA VII.

FILIPO retirado, CARLOS y SIRENA.

CARLOS.

Confusa prima, venis,
y tan pensativa andais,
que ni sabeis donde estais,
ni en quien os mira advertis.
Mas no me espanto, que habita
en vuestra alma nuevo dueño,
que al antiguo por pequeño,
posesion y vida quita.
Y como á ella se pasa,
que la alborote no hai duda,
que cuando el huesped se muda
descompónese la casa.
¿Qué teneis? ¿estareis mala?

SIRENA.

¿Cómo á hablarme os atreveis?
¿porque, Cárlos, si me veis
no echais por esotra sala?

CARLOS.

Del duque traigo licencia,
que para hablaros me llama.

SIRENA.

Pues yo no de vuestra dama,
que como es toda escelencia,
por escelencia os dará,
si vé que me hableis, enojos.

CARLOS.

¿Qué bajos teneis los ojos?
¿sois novicia?

SIRENA.

No, que ya

he profesado en querer
á quien por mí amor suspire,
¿no me mandais que no os mire,
como los he de tener?

CARLOS.

Licencia el duque os ha dado,
hablarme, y verme os consiente,
no por tenelle presente
tengais recelo, ó cuidado,
que aquí estoi por su respeto.

SIRENA.

Donosa está la porfía.

CARLOS.

De mí su secreto fía.

SIRENA.

Que mal fiado secreto,
si el duque sus esperanzas
osa fiar, por ser loco,
de quien hai que fiar tan poco,
perderase por fianzas:
que no es el secreto en vos
moneda para fiar,
pues aun no sabeis guardar
el vuestro; á no estar los dos (Enojada).
delante del duque, ingrato,
donde causa á que me escuche,
un cuchillo de mi estuche,
la venganza que dilato
hubiera ya ejecutado,
sacándote esa vil lengua,
que en mi agravio, y en tu mengua
lo que un año oculto ha estado
hizo público en deshonra
de quien tu traicion confiesa:
gozarás de la duquesa,
quitarásle al duque la honra,

no hicieras caso de mí,
y con términos aleves
pagarás lo que me debes,
muriera yo honrada asi,
quedando el error con llave,
que ya la duquesa cuenta,
pues la deshonra no afrenta
hasta al punto que se sabe.

CARLOS.

Eso quisieras tu ingrata,
porque el mundo no supiera,
si con el duque te viera,
cuando deshonrarme trata,
que á mi firme amor, has sido
despues de un año traidora;
y porque muera Leonora
fuera el duque tu marido,
y andando al uso del mundo
el engaño jardinero,
le vendiera por primero
el fruto que no es segundo.
Cojelle esta noche intenta;
pero no le has de engañar,
que tengo de presentar
mil testigos en tu afrenta.
Moriré vengado asi,
que no es bien que viva oculta,
infamia que en mí resulta.

SIRENA.

Huyendo de él, y de tí
esta noche haré segura
la fama que me has quitado,
y buscaré un despoblado
donde me den sepoltura.
Los brutos que en el están,
aunque de piedad desnudos,
por lo menos serán mudos,

y no me deshonrarán.

CARLOS.

Cruel, aunque finjas mas,
hoi has de ser mi homicída.

SIRENA.

Si, hoi has de perder la vida,
á la noche lo verás. (Vase).

ESCENA VIII.

FILIPO y CARLOS.

CARLOS.

Buen enojo me ha costado
el haber sido, señor,
aqui tu procurador.

FILIPO.

Como habeis tan bajo hablado
solamente he percibido
Cárlos, cual y cual razon,
que cuando las junto, son
como de papel rompido:
ya ví que enojado la has,
diciendote á la despedida:
si, hoi has de perder la vida,
á la noche lo verás.

CARLOS.

Es, que habiéndome injuriado,
porque siendo caballero,
y haciéndome tu tercero
su amor he solicitado,
me respondió: aunque es verdad,
que fiada en el secreto,
pensé poner en efeto
su gusto, y mi liviandad,
por librarme de la pena

con que importunada he sido,
y porque me ha prometido
por esposo al de Lorena:
pues asi te has declarado,
siendo mi primo, conmigo,
no te he de hablar, en castigo
de un secreto mal guardado.

FILIPO.

Asi es; no sé que oí
de mal guardados secretos,
dando de agraviada efectos.

CARLOS.

Dijela, que si de mi
tenia lástima, advirtiese,
que ésta noche, de no hacer
tus ruegos, habia de ser
causa de que yo muriese;
y en fin, como visto has
respondió, al irse, sentida;
si te ha de costar la vida,
á la noche lo verás.

FILIPO.

Ya de tí quedo seguro,
Cárlos, si sin hijos muero,
Bretaña por mi heredero
te jurará, y yo lo juro,
vuelvela á hablar, no te canses,
pues sabes lo que interesa
mi vida, de esa promesa,
y de que su enojo amanses.

CARLOS.

Voi, porque el servirte elijo;
quiérola satisfacer (Aparte).
no se vaya, que es mujer,
y lo hará, pues que lo dijo. (Vase).

ESCENA IX.

FILIPO, LEONORA y FLORO.

LEONORA.

El duque mi padre está
tan cercano de Bretaña,
que si Floro no me engaña,
á tu corte llegará
mañana al amanecer:
si le piensas recibir,
luego te puedes partir.

FILIPO.

¿Pues, qué ocasion pu ser,
la que sin darnos aviso
de su venida, Leonora,
le trae con tal prisa ahora?

LEONORA.

Por escusar gastos quiso
venir, á mí parecer.
á verte, sin avisarte.

FILIPO.

¿Donde está?

FLORO.

Esta noche parte
de tu casa de placer,
que los duques de Bretaña
tienen, señor, en Dinhan,
diez millas hai, llegarán
mañana.

FILIPO.

Desdicha estraña
es la mia, crei gozar
esta noche de Sirena,

y la suerte desordena,
cuanto pretendo trazar

LEONORA.

¿No te quedan hartas noches?

FILIPO.

Ya sabes que la ocasion
riñó con la dilacion.
¿Mas qué he hacer? Traigan coches.

LENORA.

Ya yo mandé aparejarlos
que he de ir en tu compañía.

FILIPO.

Vamos, ¡ai Sirena mia!

LEONORA.

Ya voi olvidando á Cárlos.

ESCENA X.

RBATO, GARGUEROS, FENISA y SIRENA.

CORBATO.

ios señora, si entretanía seda,
s tápices de brocado, y oro,
paje sin capa, y caperuza
bellaquería, tan bien vive,
pro os hagan pavos, y faisanes,
na yo á la noche, sino hai olla
edazo de pan, y una cebolla.

SIRENA.

to, los deseos de la aldea
los ahora del agravio
ne el duque mi honor manchar pretende,
ne mandan del confuso infierno
son los pecados cortesanos.

FENISA.

Y luego dirán mal de los villanos?

GARGUEROS.

¿Pues, Cárlos vueso primo no os defiende?

SIRENA.

Cortesano es tambien, todos son unos;
no hai que fiar.

GARGUEOS.

Es hospital la corte,
venturoso el que sano de ella escapa,
péganse como bubas los pecados.

CORBATO.

Y aun por aqueso tien tantos bubosos.

FENISA.

¡Ha cortesanos tiesos, y engomados,
líbreme Dios de cuellos amoldados!

SIRENA.

Ya los duques, Corbato, se habran ido,
y si espero que vengan, corre riesgo,
ó mi vida, ó mi honra, ó todo junto,
á mi me importa, hasta que tenga aviso
del peligro en que ando, el rei de Francia,
esconderme de suerte, que no sepa
el duque donde estoi, aunque me busquen
sus mismos pensamientos.

CORBATO.

No os de pena
que á veros á buen tiempo hemos venido.

SIRENA.

Amigos, permision del cielo ha sido.

CORBATO.

Ya vos sabeis, que cerca de Belvalle,
en Fuente Rubia, tengo yo una granja
de encinas, y castaños guarnecida,
donde parece que naturaleza,
por si á caso faltasen en el mundo

los árboles diversos, que le adornan
quiso juntar alli cuantos reparte
en los diversos bosques que matiza;
y es tanta su espesura, que parece,
que es cabeza del mundo aquella sierra;
segun son los cabellos que la cubren,
y de la jente, y sol, mi granja encubren.

SIRENA.

Pues á tal tiempo el cielo os trujo á verme,
y en mi favor los duques ausentados,
Fenisa ha de partir conmigo ahora
sus aldeanas ropas.

FENISA.

Que me place:
res sayas traigo, dos de cordellate,
una de paño fino, que la gala
le nuestras labradoras, los disantos,
s, cargar de sayuelos, y basquiñas:
enid, trocad palacios, por campiñas,

SIRENA.

igueme pues, que en este cuarto mio
sta transformacion haré segura,
s demas me aguardad en esta sala:

COBATO.

ardios si vais allá, que no os descubra
perro de san Roque, aunque trabuque
monte todo, el papa, rei, ó duque.

ESCENA XI.

CARLOS, COBATO y GARGUEROS.

CARLOS.

despedir los duques he ocupado
tiempo, ¿ai mi Sirena si te has ido?
sdichado de mí! que lo sospecho,

y si es verdad, mis juveniles años
verán hoi su fin trájico, acabado
á un tiempo mis desdichas, y mis celos:
las puertas la cerrad piadosos cielos.

CORBATO.

¡A señor Cárlos! ya no quieres hablarnos.
Mas no me espanto, que entre tanta seda
piérdese un pobre labrador de vista.

CARLOS.

¡O alcalde, ó amigo! ¿qué hai acá de nuevo?
¿habeis visto á mi prima?

GARGUEROS.

A eso venimos.

CORBATO.

Y hablando con perdon de huesas barbas,
pardios que diz que sois un gran bellaco.

GARGUEROS.

La marquesa Sirena lo confiesa,
y no puede mentir una marquesa.

CARLOS.

¿Luego ya la habeis visto?

CORBATO.

Si sois hombre
de guardarme un secreto, que me hurga
acá, porque le escupa, sabreis cosa,
que tien, por lo que os toca, de importaros.

CARLOS.

¿Acaba pues, que esperas?

GARGUEROS.

Calla alcalde.

CORBATO.

Pardiobre que no puedo, y tengo miedo
de un secreto en el cuerpo detenido,
con que muera yo, y enviude Menga,
juzgo, cámaras hai tambien de lengua;

sabed, que está Sirena en su aposento,
vistiéndose dos sayas de Fenisa,
y trocando damascos por la frisa:
del duque se va huyendo, que esta noche
diz que quiso pardios desdoncellalla;
y de vos tambien huye, porque dice,
que por gozar lo mucho que os promete,
de primo habeis saltado en alcabüete;
pardios desque el secreto he desbuchado,
que parece que estoi desopilado.

CARLOS.

Sirena me ha culpado injustamente
que ignora lo que su honra he defendido;
¿mas donde podrá estar tan encubierta,
que no lo sepa el duque, que en volviendo
ha de hacer dilijencias esquisitas.

GARGUEROS.

Pardíos, aunque haga mas, que un pleiteante,
que en Fuenterrabia suelen, si se emboscan,
no hallar salida liebre, ni raposa,
y cansadas, morir á nuestras manos:
bien sabeis vos el sitio, y la espesura,
que le esconden, y guardan de la jente.

CARLOS.

La traza, y el lugar es escelente
yo tambien quiero irme con vosotros,
de vuestro traje mismo disfrazado:
mas no sepa Sirena de esto nada,
que está de mi sentida injustamente,
y si vé que seguilla determino,
ha de mudar de intento, y de camino.

CORBATO.

Yo no pienso encargarme de secretos,
que tanta inquietud dan; este los guarde,
si es que se atreve, porque yo en dos credos,
si me embargaren, meteré los dedos.

CARLOS.

Pues venios conmigo, iremos juntos,
y aqueste podrá irse con mi prima,
que si ella está á peligro de la honra,
yo del alma, que no se halla sin vella.

CORBATO.

Vamonos pues, que ya estará vestida.

CARLOS.

Cortesanos agravios y recelos,
hasta el vestido, aqui quiero dejaros,
como en lugar que está apestado todo:
que es la eorte ramera, y ya no dudo,
que he de salir de su interes desnudo.

ESCENA XII.

ZAGUAN DE CASA DE CAMPO.

Grita dentro, y van saliendo mojados al escenario las personas siguientes.

CARMENIO, *dentro.*

Tirso, á recoger las parvas,
que viene el agna sin tino.

CELAURO, *dentro.*

Deja el bieldo con que escarvas
la paja, que el torbellíno
nos da con ella en las barbas.

CELAURO, *dentro.*

Saca el trigo de las heras:
las gavillas mete en easa.

CELUARO, *saliendo á la escena.*

Junta la paja, ¿ qué esperas ?

CARMENIO, *en la escena.*

Que ya la tempestad pasa.

CELAURO.

Pardios que viene de veras.

CARMENIO.

El cielo tien mal de madre.

TORILDA, *sale diciendo.*

Eso si, verá si afloja.

CARMENIO.

Recojeos acá comadre.

CLORI, *dice al salir.*

Agua Dios, que ruin se moja.

TORILDA.

Y mojabase su padre.

CARMENIO.

¿Está el trigo recojido?

CELAURO.

Lo mas se queda trillado.

TORILDA.

Segun el agua ha venido,
temo que se ha de ir á nado
lo que ogaño hemos cojido.

CELAURO.

Fué á ver nuesamo á Sirena,
y á fé que el vuelva fiambre.

CLORI.

Si; ¡aguardadlos con la cena!

CARMENIO.

No ha de quedar vivo enjambre,
segun lo mucho que truena.

TOLILDA.

Esta es la hora en que el cura,
metido en la iglesia en folla,
nubes hisopa, y conjura.

CARMENIO.

¡No esté el jugando á la polla!

que si un todo dar procura,
no le harán ir por justicia
á conjurar.

CELUARO.

Si, eso tiene,
que si en el juego se envicia
no hai conjuros.

TORILDA.

Pues bien viene
por el diezmo, y la primicia.

TIRSO, *al salir.*

Madre de Dios, y cual vengo,
dadme un camison, y un sayo.

CLORI.

Ya la ropa te prevengo. (Vase.)

TIRSO.

Mató las mulas un rayo:
no sé como vida tengo.

CARMENIO.

¿Las mulas?

TIRSO.

Y de camino
el mastin; dadme otra ropa,
que estoi hecho un palomino.

TORILDA.

¡Tan calado!

TIRSO.

Hecho una sopa:
mas dadme algunas en vino,
porque unas sopas con otras,
se avengan acá mejor.

TORILDA.

Bien tu enfermedad quillotras;
lumbre hai.

TIRSO.

Voi á entrar en calor
¡qué mal tiempo para potras! (Vase.)

Sale NISO, *y dice.*

¡Ha pese á quien me parió
y al borracho que me hizo!

CARMENIO.

¿Qué traes?

NISO.

Qué se yó:
no he de ser mas porquerizo.

CELAURO.

¿Y la piara?

NISO.

Ahi quedó
en la zahurda, ahogado
se han diez, ó doce cochinos.

CARMENIO.

Tal agua escupe el nublado.

NISO.

No han bastado los encinos,
para no haberme calado
hasta el alma.

TORILDA.

Entrate allá.

NISO.

Pobre de aquel que le coje
do tan presto no hallará
poblado. (Vase).

CARMENIO.

Cuando se moje,
¿de eso á tí que te se dá?
Mas, jente á caballo suena.

CELAURO.

A la fe que bien de prisa.
Huéspedes teme la cena.

ESCENA XIII.

Los antedichos y CLORI.

CARMENIO.

¿Quién son?

CLORI.

Corbato y Fenisa,
que con Carlos y Sirena,
de labradores vestidos,
como abadejo en remojo,
vienen del agua perdidos.

TORILDA.

Hecha en la lumbre un manojo.

CELAURO.

Ellos sean bien venidos.

CLORI.

Ropa enjuta le vo á dar,
y aderezalles la cena. (*)

CARMENIO.

Corre, que si á su pesar,
tanta agua bevió Sirena,
gana traerá de cenar.

CELAURO.

Aun no escampa y ya anochece.

FILIPO.

El camino hemos perdido. (*)

FLORO.

Hácia allí una luz parece.

CARMENIO.

De nuevo suena ruido,
y el tiempo se está en sus trece.

(*) Vase con Torilda.

(*) Dentro los Duques.

ESCENA XIV.

CARMENIO, CELAURO y FLORO.

FLORO.

¡Ha buen hombre! haz avisar
al dueño de aquesta casa
que á los duques den lugar,
mientras la tempestad pasa,
que ya se entran á apear.

CELAURO.

¿Qué duques?

FLORO.

Los de Bretaña,
y el de Borgoña,

CELAURO.

¡Arre allá!

CARMENIO.

Llama á Corbato, alimaña.

CELAURO.

Si aun no cabemos acá,
¿do cabrá tanta compaña? (Vanse).

ESCENA XV.

CONORA, FILIPO, ENRICO de camino, mojados, y CARMENIO.

ENRICO.

Rigurosa tempestad.

FILIPO.

No la ví igual en mi vida.
¡Ola! á la jente llamad,
que por el bosque esparcida,
los pierde la oscuridad.

ENRICO.

Poned luces, y verán
donde estamos: pues, Leonora,
con rigor tratado os han
las nubes.

LEONORA.

No ha mas de un hora
que salimos de Dinhan,
y mas en ella he pasado,
señor, que en toda la vida.

ENRICO.

Poco el coche os ha guardado
esta vez.

LEONORA.

Vengo perdida;
lindamente me he mojado.

FILIPO.

No fué posible llegar
á esta aspereza los coches,
y obligonos á apear
la borrasca.

LEONORA.

A muchas noches
de estas, no hai que desear.

ENRICO.

¡Estraños truenos!

LEONORA.

No puedo
volver en mí.

FILIPO.

¡Qué de espantos
hicisteis!

LEONORA.

Téngolos miedo.

ENRICO.

Pues hasta santas y santos
acomodastes al credo.

ESCENA XVI

Los precedentes, y CORBATO.

CORBATO.

Mucho el agua me ha obligado
esta vez, en mi conciencia,
pues por acá los ha echado,
bien venido sea su eseelencia,
y el buen viejo que trae al lado.

FILIPO.

¡Óh Corbato! ¿sois el dueño
de esta granja vos?

CORBATO.

¿Pues no?
aunque esteril el terreno,
Menga esta hacienda me dió
en dote del matrimoñó.

ESCENA XVII.

Los anteriores, y FENISA.

FENISA.

Con salud la duca venga,
éntrense acá.

CORBATO.

¡Ah Fenisa!
haz que lumbre el hogar tenga,
y saca tú una camisa,
que mude la duca, Menga,
que aunque groseras y rotas,
limpias al menos están.

FENISA.

¿Mas qué heis de chorrear gotas?

CORBATO.

Hechos palominos van.

FILIPO.

Descalzadnos estas botas.

ESCENA XVIII.

CORBATO, CARMENIO, NISO y CELAURO.

CORBATO.

¡Ola Crinudo, Mellado!
id vosotros y quitad
la ropa á los que han llegado,
y en el hogar la colgad:
corre, Carmenio, al ganado,
trae dos cabritos ó tres,
y de paso seis lechones.

CARMENIO.

¿Ha escampado?

CORBATO.

¿No lo ves?
corre tú y pela pichones
y gallinas.

NISO.

Vamos pues.

CORBATO.

Aquí en el portal estén
los escaños y la mesa,
que es mas ancho y cabrán bien.
Saca tu fruta.

CELAURO.

¡Qué prisa!
ya van.

CORBATO.

En un santi amen.

ESCENA XIX.

CARLOS, SIRENA y CORBATO.

CARLOS.

Basta, esposa de mí vida,
que el cielo nos ha juntado
todos aquí.

SIRENA.

La venida
de el de Borgoña ha quitado
mi miedo, pues si no olvida
servicios y parentesco
de mi padre, espero de él
el descanso que te ofrezco.

CARLOS.

No temo la ira cruel
de Filipo, si parezco
delante de él, pues está
el de Borgoña ahora aquí.

CORBATO.

¿A qué os salis por acá?
¿á que os conozcan así?
¿desquillotrasteos ya?
¿hase el enojo acabado?

CARLOS.

El agua del torbellino
nuestros celos ha ahogado.

CORBATO.

El es jentil desatino
andar el duque cinchado
con el diablo de celera
que á los de la corte os dá.

SIRENA.

¿No hai celos aqui?

CORBATO.

Es quimera:
quítase eso por acá
con cabar una haza entera.
Mas escondeos, que si os ven
los duques, que estan al fuego,
no pienso que os irá bien.

CARLOS.

¿No han de cenar aquí?

CORBATO.

Y luego.

CARLOS.

Pues cuando á la mesa esten,
dejadme, Corbato, vos
trazar los platos.

CORBATO.

Si haremos
de buena gana, pardios,
que en el campo no sabemos
cual es el principio, ó el pos.

CÁRLOS.

Pues entremonos marquesa
antes que á cenar se asienten.

ESCENA XX.

CORBATO, CELAURO y NISO que sacan la mesa ya puesta.

CORBATO.

Ea, no poneis la mesa?

TIRSO.

¡A! plegue á Dios que rebienten
con ello, el duque, y duquesa.

CORBATO.

Calla bestia, saca sillas.

CELAURO.

¿Pues han de caber en estas
tanta braga, y lechuguillas?

CORBATO.

Si al duque tienen acuestas
bien pueden ser de costillas.
Dí que salgan á cenar,
que ya se habrán enjugado.

CELAURO.

Niso, velos á llamar.

CORBATO.

¿Mas qué no tienes pensado
algo, ahora, que cantar?

NISO.

Si tengo, ó no, ello dirá.

CELAURO

¿Mas qué mos haces reír?

NISO.

Los duques salen acá.

ESCENA XXI.

Los mismos, Filipo, Leonora, Enrico, y Floro.

Filipo.

Luego nos podemos ir,
pues ha serenado ya.

Corbato.

Cenareis, señor, primero,
que porque estimeis mejor
vueso estado, daros quiero
la cena á lo labrador,
pues falta á lo caballero.

Filipo.

Yo Corbato, os pagaré
la costa.

Corbato.

Poca es la hecha,
ningun cuidado os dé,
que todo es de la cosecha,
con lo que os hemos mercé.
Ea, no hai mas que esperar:
sus, sentarse que se enfria
lo poco que hai que les dar,
si es que antes que salga el dia
á la corte han de llegar.

Filipo.

Estamos en casa ajena
obedezcamos, señor.

ESCENA XXII.

Los antedichos, FENISA, CLORI, TORILDA y labradores. Las aldeanas dan agua manos á los duques, estos se sientan á la mesa, FLORO se pone detras de FILIPO y los demas sirven la cena.

CELAURO.

Esta es la duca.

NISO.

¿No es buena?

CELAURO.

En Belvalle el rejidor,
dió á her una Madalena,
para nuesa cofradia,
y noramala, por Dios,
aho, para su señoria,
si se quedase entre nos.

NISO.

Buena Madalena haria.

CELAURO.

¿No tien gorguera y copete?
¿faltábale mas que el bote?
digamoselo.

NISO.

Anda vete.

CELAURO.

Mas tiesa está que un virote.

NISO.

Es moza de buen jarrete.

FILIPO.

¿Úsase poner acá

de punta hacia el convidado
el cuchillo.

CORBATO.

Ser podrá.

FILITO.

Al revés el pan me han dado.

FENISA.

Anda todo al revés ya.

CORBATO.

Comed, y no pareis mientes
en eso.

CELAURO.

Empieza á templar.

NISO.

Ya no tiemplo impertinentes.

CELAURO.

Sin templar podeis cantar
al son que os hacen los dientes.

TORILDA *Canta.*

Pero Gil amaba á Menga,
desde el dia que en la boda
de Mingollo el porquerizo
la viò bailar con Aldonza:
mas en lugar de agradalla,
porque no hai amor sin obras,
al revés del gusto suyo
hacía todas las cosas.
Erraba siempre en los medios,
guiándose por su cholla,
y quien en los medios yerra,
jamas con los fines topa.
Por fuerza queria alcanzalla,
mas no es la mujer bellota,
que se deja caer á palos,
para que el puerco la coma.

Si botines la pedia,
la presentaba una cofia:
si guindas se le antojaban,
iba á buscalla algarrobas.
Nadaba, en fin, agua arriba,
y empeoraba de hora en hora,
como rocin de Gaeta,
quillotrándose la moza.
Fuè con ella al palomar
una mañana entre otras,
y mándole que alcanzase
una palomita hermosa.
Subió diligente Pedro,
y al tomalla por la cola,
volósele, y en las manos
déjole las plumas solas.
Amohinose Menga de esto;
cóntolo á las labradoras,
que al pandero le cantaban,
cuando se juntaban todas:
por la cola las toma, toma
Pedro á las palomas:
por la cola las toma, toma.

FILIRO.

Si fueras poeta, Floro, (Aparte á Floro).
en esta ocasion, no pongas
duda, que de tí creyera,
que escrito habias la historia
de mi amor mal gobernado.

FLORO.

Desengañente las coplas,
pues no te desengañó
lo que yo te dije en prosa.

FILIRO.

Al revés servi á Sirena,
en la cuenta caigo ahora,
aunque tarde, necio anduve

en fiarme de Leonora.
Galan al revés he sido,
mas Floro, ¿como no notas
desde que aqui me senté
que no hai manjar que me pongan
sino al revés? El cuchillo
la punta hácia mi acomodan,
el filo hácia arriba puesto,
la servilleta me doblan.
Al revés, el pan asientan
la cara abajo ¿que cosas
son estas?

FLORO.

Son groserias
de esta jente labradora.

FILIPO.

No Floro, ordenadamente
van sirviendo al de Borgoña,
y á la duquesa los platos,
solo escluyen mi persona.
Cuando agua manos me dieron,
antes que me hechasen gota,
me sirvieron la toalla.

FLORO.

Turbacion de jente tosca.

FILIPO.

Cuando sentarnos quisimos,
vuelta hallé mi silla sola,
las espaldas á la mesa:
despues, en la cena toda,
mi sospecha he confirmado:
diéronme asada una polla
sobre una taza y la salsa
en un plato.

FLORO.

Calla ahora.

FILIPO.

Cuando pido de beber,
agua me traen en la copa,
y el vino me hechan encima.

FLORO.

Asi se usa en Barcelona.
¿Qué pueden aqui saber
de corteses ceremonias,
sino han sido maestre salas,
ni trinchan sino cebollas?

FILIPO.

Pronósticos con que amor,
porque me afrente, y me corra,
mandando al revés servirme,
de amante al revés me nota.

TORILDA *canta.*

Corrido Pedro de verse,
que le corren por la posta,
á su comadre Chamisa
dió parte de sus congojas,
mas respondíole la vieja:
Pero Gil, cuando se enhornan,
se hacen los panes tuertos,
y cocidos, mal se adoban.
Sino aciertas al sembrar,
no te espantes que no cojas,
porque mal cantará misa
aquel que el abece ignora.
El que por las ojas tira,
mal los rábanos quillotra;
que no se deja arrancar
el rábano por las hojas.
Ya que erraste á los principios,
cántente en bateos y bodas,
en fé que eres un pandero,
á su pandero las mozas.
Por la cola las toma
Pedro á las palomas:
por la cola las toma, toma.

ESCENA XXIII.

Mientras canta Torilda, salen CARLOS y SIRENA de labradores, y sacan cada uno un plato, y en él un rábano, las hojas hácia el duque, y se hincan de rodillas.

FENISA.

Señor duque de Bretaña,
si no ha entendido la historia,
sepa que por él se ha dicho,
y no por otra persona.
Para postre de la cena,
porque no hai conserva, ó tortas
le presentan los que vé,
el rábano por las hojas.
Diz que es mal pretendiente,
si empieza cuando negocia,
por el *Ite missa est*,
para acabar en la gloria.
Si es discrecion esa, ó no,
nuestro duque de Borgoña
lo diga, pues Dios lo trujo
á que estos pleitos componga.

FILIPO.

Sirena, Cárlos, ¿qué es esto?

CARLOS.

Dilijencias que la honra,
gran señor, hacer procura.
La tempestad rigurosa,
nos ha juntado aqui á todos;
para que alcance victoria,
contra amorsos deseos
en tí, la razon honrosa.
La marquesa que has amado,

es mi prima, y es mi esposa,
juzga si es razon señor,
volver por entrambas cosas;
y olvidando á la nobleza
de tu sangre jenerosa,
sal vencedor de tí mismo,
y mi osadía perdona.

ENRICO.

Duque, si vine á Bretaña,
quejas justas de Leonora,
de mí estado me sacaron,
que han de averiguarse ahora.
Sabido hé todo el suceso,
del ciego amor, que hace heróica
la constancia de Sirena,
y vuestra edad alborota.
Ella es deuda de los dos,
mas no deuda que se cobra
en ofensa de tu fama,
y agravio de vuestra esposa.
Pues Dios aquí nos juntó,
venturoso fin se ponga,
con que ella y Cárlos se partan,
desde este sitio á Borgoña,
que en el condado de Aspurg,
mi amor á Sirena dota,
para que en descanso viva,
pues la ausencia no ocasiona,
juveniles apetitos.

LEONORA.

Albricias venganza loca, (Ap.)
que con escalas de celos,
combatistes mi deshonra;
que ausentes Sirena y Cárlos
á fortalecerse torna
la obligacion de mi honor.

FILIPO.

No es tiempo de que responda,

Señor, al justo consejo,
que mi venganza os otorga,
sino que callando os pida,
que le hagais poner por obra.

ENRICO.

Alto pues, mis caballeros,
con los marqueses se pongan,
cuando amanezca en camino,
y nosotros pues es hora,
á Bretaña nos partamos.

CARLOS.

Tu prudencia, señor, sola,
ha sido bastante á dar
feliz fin á tantas cosas:
tus pies mil veces besamos.

FILIPO.

Basta, Fenisa donosa,
que al revés me dais la cena.

FENISA

Y el rábano por las ojas.

FILIPO.

Yo en dote os doi mil ducados
y á Corbato por la costa,
de la cena, otros dos mil.

CORBATO:

Dête Francia su corona,

ENRICO

Alto de aqui, caballeros.

CARLOS.

Aprenda á hacer desde ahora
el amante pretendiente,
las dilijencias que importan.

FENISA.

Y sino véngase acá,
y cenará á poca costa,
porque solo le daremos,
el rabano por las hojas.

FIN.